

VII. EMOCIONES

¿CON CUALES EMOCIONES NACEMOS, COMO ADQUIRIMOS NUEVAS? ¿CÓMO PERDEMOS LAS VIEJAS?

PARTE I. — EXAMEN GENERAL DE LAS EMOCIONES Y ALGUNOS ESTUDIOS EXPERIMENTALES

Punto de vista introvertido de James acerca de las emociones. La gallina de los huevos de oro de James. La lista común de las emociones. Planteo conductista del problema de las emociones. Cómo trabaja el conductista. Breve resumen de resultados obtenidos con tests. ¿De dónde proceden estas formas variadas de respuesta emocional? Experimentos acerca del origen y desarrollo de las reacciones emocionales. Tres tipos de respuesta emocional de evidente origen no aprendido: miedo, ira, amor. ¿Existen otras respuestas no aprendidas además de estos tres tipos generales? Críticas recientes a esta opinión. Cómo se complica nuestra vida emocional. La propagación o transferencia de las respuestas emocionales condicionadas. Resumen.

Los dos últimos capítulos nos han demostrado que el criterio psicológico corriente acerca de los instintos no ha armonizado todavía con los descubrimientos experimentales del conductismo. ¿Tendrá mejor suerte la actual concepción de las emociones? Exceptuando quizá el instinto, sobre ningún tema psicológico se ha escrito tanto como respecto de las emociones. Los libros, folletos y revistas publicados en los últimos veinte años por los freudianos y postfreudianos —que suman un número en verdad aterradorante—, llenarían una habitación de regular tamaño. No obstante, al leer de cabo a rabo esta voluminosa literatura, el conductista no puede menos que advertir una falta absoluta de base científica. Sólo cuando empezaron a dar frutos sus estudios genéticos —iniciados hace menos de quince años—, el conductista entrevió la posibilidad de simplificar los problemas acerca de la emoción y de utilizar métodos experimentales objetivos para su esclarecimiento. Puesto que casi todos hemos sido educados en la "teoría" de las emocio-

EL CONDUCTISMO

nes de JAMES, comencemos por él. Demostrar la ~~existencia~~ ~~de su~~ posición será para el conductista la mejor manera de ~~demostrar~~ de qué hace una auténtica contribución de métodos y ~~resultados~~.

PUNTO DE VISTA INTROVERTIDO DE JAMES ACERCA DE LAS EMOCIONES

Hace aproximadamente cuarenta años, JAMES provocó en el estudio de la psicología de las emociones un retroceso que sólo ahora comenzamos a superar. Es lamentable que JAMES, fisiólogo, médico, y el más brillante psicólogo que haya conocido el mundo, divergiese tanto de C. DARWIN, que lo precedió en muchos años. DARWIN, como LANGE, insistieron en el estímulo que despierta la respuesta emocional y la reacción a este respecto. Sus descripciones objetivas de las reacciones de miedo son clásicas y estrictamente objetivas y conductistas.

Pero a JAMES aburría el cuadro objetivo de las reacciones emocionales. Comentando el tratamiento objetivo de este tema, manifiesta: "El resultado de toda esta marea es que la literatura meramente descriptiva de las emociones constituye una de las partes más tediosas de la psicología. Mejor aún, tenemos la sensación de que las subdivisiones son en su mayoría ficticias o intrascendentes, y sus pretensiones de exactitud una farsa". JAMES buscaba una "fórmula" —un recipiente verbal en el cual pudiera hacer entrar todas las distintas emociones. Usando sus propias palabras, intentó capturar la gallina de los huevos de oro, "porque entonces —decía— la descripción de cada huevo sería asunto secundario".

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO DE JAMES

JAMES encontró su fórmula. He la aquí: "Mi teoría, por el contrario, sostiene que los cambios corporales siguen inmediatamente a la percepción del hecho excitante, y que el sentimiento que tenemos de estos cambios a medida que ocurren es la emoción".

¿Cuáles son sus fundamentos? Apenas una leve introspección; la cual lo lleva a este nuevo aserto, que, según él, constituye el punto vital de toda su teoría: "Si suponemos una emoción intensa, y luego procuramos abstraer de la conciencia que tenemos de ella las sensaciones de sus síntomas corporales, nos encontramos con que no queda nada, ninguna «sustancia» mental de que pueda constituirse la emoción, y que únicamente persiste un estado frío y mental de percepción intelectual". Vemos así que, a estar con JAMES,

la mejor manera de estudiar las emociones consiste en quedarnos tranquilos mientras tenemos emociones y comenzar a "intro-inspeccionarnos". El resultado de nuestra introspección podría expresarse así: "tengo una «sensación» de un latido retardado del corazón; una sensación de sequedad en la boca; un grupo de «sensaciones» procedentes de mis piernas. Tal grupo de «sensaciones» tal estado consciente — es la emoción del miedo". Cada hombre debe realizar sus particulares introspecciones. No cabe método experimental alguno, ni verificación de las observaciones. En otras palabras, el estudio científico y objetivo de la emoción es imposible.

Evidentemente, ni a JAMES ni a ninguno de sus continuadores jamás se les ocurrió pensar, y mucho menos experimentar, sobre la génesis de las formas emocionales de la respuesta. Para él se trataba de genuinas herencias de nuestros primitivos antecesores. Mediante esa formulación vacía, verbal, JAMES despojó a la psicología de su campo de investigación acaso más hermoso e interesante. Impuso al estudio de las emociones una condición de la cual resulta harto difícil librarse, porque su fórmula fué asimilada por todos los más destacados psicólogos norteamericanos, quienes seguirán enseñándola durante un número de años demasiado grande como para pensarlo sin perder la serenidad.

LA LISTA COMÚN DE LAS EMOCIONES

Sin intentar emplear otro método que el introspectivo, JAMES nos obsequia una lista, primero, de las que llama "emociones groseras": dolor, miedo, ira, amor, y luego, una lista de "emociones delicadas", que afirma pueden agruparse bajo los rótulos de sentimientos morales, intelectuales y estéticos. Estos últimos son demasiado numerosos para enumerarlos.

McDOUGALL hace otra clasificación. Considera que cada uno de los instintos principales tiene una emoción concomitante: por ejemplo, la emoción de miedo se acopla al instinto de huida; la de disgusto al de repulsión; la de asombro al de curiosidad; la ira al combativo; las de la sujeción y de la elación a los instintos de sumisión y aserción, y las emociones tiernas a los instintos paternos. Además, hay un grupo completo de tendencias emocionales de carácter menos marcado. Puesto que ya hemos demostrado que este complejo grupo de los instintos señalados por McDOUGALL no existe como tal, sería fútil revisarlo. Tampoco cabe perder tiempo analizando todas las listas de emociones que se hallan en otros textos corrientes de psicología. Carecen de valor, por cuanto al conieccionárselas no se procedió con método objetivo.

PLANTEO CONDUCTISTA DEL PROBLEMA DE LAS EMOCIONES

En los últimos años el conductista ha encarado el problema de las emociones desde un nuevo ángulo. Las observaciones realizadas sobre adultos le enseñaron que hombres y mujeres exhiben una amplia serie de reacciones que se agrupan bajo el nombre genérico de emociones. El negro del sur de Norteamérica se queja y tiembla al encontrarse en la oscuridad provocada por un eclipse total de sol; cae de rodillas y llora a gritos, rogando a la Divinidad le perdone sus pecados. Estos mismos negros no cruzarían un cementerio de noche. Se humillan y estremecen ante amuletos y reliquias. No encenderán leña de un árbol derribado por un rayo. En las comunidades rurales, grandes y chicos se reúnen en la casa tan pronto aparecen las primeras sombras nocturnas. En ocasiones, racionalizan semejante conducta manifestando que se expondrían a contagiarse de la "misericordia" del aire de la noche. Las situaciones que, desde nuestro punto de vista más experimentado, juzgamos azas ordinarias, en ellos despiertan los más violentos tipos de reacciones emocionales.

Pero seamos específicos y vayamos al grano. Las cosas que según hemos comprobado en nuestro laboratorio atemorizan al niño de 3 años, son: oscuridad, conejos, ratas, perros, peces, ranas, insectos y animales mecánicos de juguete. Un niño se halla jugando entusiastamente con sus cubos; introducimos un conejo en su corralito y de inmediato cesa toda actividad constructiva; se apretuja en un rincón del corralito y empieza a gritar: "¡sáquenlo, sáquenlo!" Otra criatura examinada en el mismo día, exhibe un cuadro distinto. Es posible que en idénticas condiciones un tercero no manifieste reacción alguna de miedo.

Conforme progresa en el estudio de las series de reacciones que exhiben los adultos, el conductista se convence cada vez más de que el mundo de objetos y situaciones ambientales provoca reacciones más complejas que las exigidas por el uso o manipulación eficientes del objeto o de la situación. En otras palabras: el objeto parece estar "cargado", parece suscitar miles de reacciones corporales accesorias no requeridas por las leyes del hábito eficaz. Un ejemplo de ello lo constituye la clásica pata de conejo de los negros: para nosotros, la pata de conejo es algo que cortamos del cuerpo del animal y tiramos. Acaso se la demos al perro, como comida. Mas, para muchos negros, la pata de conejo no es un objeto frente al cual se puede reaccionar en forma tan sencilla. La secan, la lustran, se la guardan en el bolsillo, cuidándola y conservándola celosamente. La examinan de vez en cuando; si se

encuentran en un apuro, acuden a la pata para que los guíe y ayude, y, en general, no reaccionan ante ella como ante una simple pata de conejo, sino como el religioso frente a la Divinidad.

Hasta cierto punto, la civilización ha extirpado del hombre estas reacciones superfluas en relación con objetos y situaciones. El pan es algo para comer cuando se tiene hambre; el vino una bebida para tomar con los alimentos o en oportunidades festivas. Pero estos mismos objetos simples, comunes, desprovistos de valor emocional, cuando integran en la iglesia el rito de la comunión, llevan a arrodillarse, orar, reclinarse la cabeza, entornar los ojos y numerosas otras respuestas verbales y corporales. Los huesos y reliquias de los santos suscitan en los creyentes una serie de reacciones, distintas de las que provoca la pata de conejo en el negro, pero completamente homólogas desde el punto de vista de su origen. El conductista va aún más lejos y estudia la conducta cotidiana de sus prójimos. Observa cómo, de noche, un ruido proveniente del sótano despierta en su vecino reacciones casi infantiles; cómo muchos de ellos se indignan cuando se "pronuncia en vano" el nombre del Señor y cómo racionalizan su reacción diciendo que se trata de una irreverencia y que el que se conduce tan irrespetuosamente será castigado. Observa cómo muchos se alejan de los perros y de los caballos, aunque para no pasar junto a ellos deban retroceder o cruzar la calle. Ve a hombres y mujeres que se unen con cónyuges imposibles, sin que puedan explicar lógicamente por qué lo han hecho. En otras palabras, si lográramos trasladar todos los objetos y las situaciones de la vida real al laboratorio, y frente a ellos despertar situaciones fisiológicamente sanas y científicas (quizá la ética experimental encare algún día tal problema), estas fijarían las verdaderas normas o "standards" (de conducta). Ahora bien, si examináramos la conducta cotidiana del hombre a la luz de estas normas, comprobaríamos, como regla, una diferencia entre la conducta real y su norma. Esta diferencia se manifiesta bajo la forma de: reacciones accesorias, reacciones lentas, falta de reacciones (parálisis), reacciones inhibidas, reacciones negativas, reacciones castigadas por la sociedad (robo, homicidio, etc.), reacciones que propiamente corresponden a otros estímulos (sustitutas).*

* Ejemplos:

De reacciones accesorias: el sujeto realiza su cometido en forma rápida y correcta, pero palidece e inclusive puede llegar a llorar, orinar o defecar y sus glándulas salivales tornarse inactivas. No obstante su estado emocional, reacciona de manera firme y apropiada. Otros ejemplos de reacciones accesorias son el silbar, charlar y canturrear durante el trabajo.

De reacciones lentas: el sujeto cumple el acto, pero el tiempo de reacción es más largo — acaso chapucea y renuncia a su labor, o reacciona con energía

Creemos que corresponde denominar *emocional* a todo aquello que pertenece a este grupo, sin determinar mayormente por una sola palabra.

Si bien se realizan algunas tentativas dirigidas a estandarizar hasta hoy carecemos de normas de reacción fisiológicamente estandarizadas. El progreso de las ciencias físicas ha contribuido mucho a la estandarización de nuestras reacciones frente al día y la noche, las estaciones y el tiempo. Ante el árbol derribado por un rayo, ya no reaccionamos como si fuera maldito; ni nos creemos en ventaja sobre nuestro enemigo si logramos proveernos de un desecho de su uña, pelos y excrementos. Al mirar hacia el cielo azul ya no vemos un reino donde seres supraterráneos tañen el arpa y cantan himnos porque sí. A la vista de montañas lejanas y casi invisibles ya no reaccionamos como si se tratara de siluetas de gnomos y hadas. La ciencia, la geografía y los viajes han estandarizado las respuestas. Gracias a la labor de los químicos de la alimentación, también nuestras reacciones vinculadas con los alimentos se van estandarizando: hemos dejado de pensar en determinados alimentos como "puros" o "impuros". Ahora los consideramos según satisfagan o no determinadas exigencias corporales.

Empero, nuestras reacciones sociales continúan sin estandarizarse. Tampoco en la historia hallamos una norma que nos oriente. El profesor SUMNER, de Yale, lo ha señalado con mucho acierto. Según él, todo tipo de reacción social imaginable ha sido en alguna época conceptualizado como una manera normal, no emocional de actuar. Una mujer podía tener numerosos maridos, un hombre muchas mujeres; eliminarse la progenie en época de hambre y escasez; usarse la carne humana como alimento; sacrificar la progenie a fin de aplacar a la divinidad; ofrecerse la propia mujer al excesiva o muy escasa. Las contestaciones a preguntas se dan con lentitud o con suma rapidez.

De reacciones negativas: el sujeto puede manifestar miedo ante el alimento — apartarlo con la mano o alejarse del mismo. En lugar de las reacciones ordinarias frente al perro o al caballo, quizá huya de ellos. Las ideas pertenecen a este grupo.

De reacciones castigadas por la sociedad: el sujeto, en el "acaloramiento de la ira", puede, por ejemplo, cometer un asesinato, atentar contra la propiedad, etc. Me refiero aquí a los actos castigados por la ley, pero frente a los cuales la justicia mitiga su rigor en razón del factor emocional.

De reacciones correspondientes a otros estímulos: las reacciones sexuales; las pasiones sexuales de los hijos por sus madres; todas las reacciones sexuales frente a fetiches, etc.; respuestas emocionales de los padres para con los hijos disfrazadas con la máscara del afecto natural.

Por supuesto, centenares de las reacciones llamadas "emocionales" no son catalogables bajo ninguna de estos títulos.

vecino o al huésped; la viuda debía dejarse quemar en la hoguera que consumía el cuerpo del difunto esposo.

Actualmente las reacciones sociales no se hallan más estandarizadas. Recordemos cuáles son hoy nuestras respuestas accesorias cuando estamos en presencia de nuestros padres o ante nuestros líderes sociales. Pensemos en nuestro culto del héroe, nuestra veneración del coloso intelectual, el autor, el artista, la Iglesia. Observemos cómo nos comportamos entre multitudes: bailes de máscaras, partidos de fútbol y de béisbol, elecciones, acontecimientos religiosos (conversiones, extravagancias de los Holy Rollers)*, en el pesar que nos provoca la pérdida de objetos y personas queridas. Disponemos de diversas palabras para describir estas reacciones accesorias: reverencia, amor a la familia, a Dios, a la Iglesia, a la patria; respeto, adulación, pavor, entusiasmo. Ante muchos de estos estímulos actuamos como niños.

Cómo trabaja el conductista. — La complicada naturaleza de las respuestas del adulto le impiden al conductista iniciar con ellos sus estudios sobre la emoción. Debe hacerlo con el niño, en el cual el problema se presenta más sencillo.

Supongamos que nuestra investigación comienza con niños de tres años —iremos a buscarlos en la vía pública y por doquier; también recurriremos a los niños de familias ricas. Los llevaremos a nuestro laboratorio y los enfrentaremos con determinadas situaciones. Como primer experimento, dejamos que el niño entre solo en una sala de juego bien iluminada y empiece a jugar. Súbitamente, soltamos un pequeño boa constrictor u otro animal. Luego, conducimos al niño a una pieza oscura y de improviso prendemos una pequeña fogata con diarios. Mediante escenarios, podemos, pues, reproducir casi cualquier tipo de situación de la vida real.

Pero, después de haber examinado al niño solo en todas estas situaciones, hemos de volver a hacerlo estando en compañía de un adulto —posiblemente el padre o la madre—, de otro niño, de una criatura del sexo opuesto, de grupos de niños.

A fin de obtener un cuadro de su conducta emocional, debemos verificar cómo reacciona al separárselo de su madre. Es necesario someterlo a distintas pruebas, recurriendo a alimentos diferentes y a personas extrañas para él, que lo bañen, vistan y acuesten. Le quitaremos sus juguetes y todos los objetos con los cuales suele jugar. Hagamos que lo provoque un niño o una niña mayor que él, coloquémoslo en lugares elevados, sobre superficies angostas (cuidando, desde luego, que nada le ocurra), sobre ponies o perros.

* Holy Rollers: reducida secta religiosa de los EE. UU. y del Canadá, cuyas reuniones se caracterizan por su excitación frenética. [T.]

Esta descripción acerca de cómo debemos trabajar, la hacemos con el único propósito de convencer al lector de la sencillez, naturalidad y precisión de nuestros métodos; de que existe un vasto campo para la experimentación objetiva.

BREVE RESUMEN DE LOS RESULTADOS DE TALES TESTS

Mediante esos tests comprobamos, entre otras cosas, que ya a los tres años muchos niños —pero no todos— están colmados de toda suerte de reacciones inútiles y verdaderamente perjudiciales, conocidas bajo el nombre genérico de *emociones*.

Tienen miedo en diversas situaciones.* Se sienten tímidos en muchas otras. Sufrir berrinches cuando se los lava o viste; al ofrecérseles ciertas comidas o al tratar de alimentarlos una nueva niñera. Tienen ataques de llanto cuando la madre los deja; se esconden detrás de sus polleras; se atemorizan y enmudecen delante de las visitas. Es característico el cuadro que presentan en estas circunstancias, con una mano en la boca y la otra agarrando la pollera materna. Otros pelean con todo niño que se les acerque. Suele tildárselos de camorristas, sádicos, brutos. Otros rompen a llorar y huyen cuando un niño mucho más chico los amenaza. Sus padres los llaman cobardes y sus compañeros de juego los hacen sus víctimas propiciatorias.

¿DE DÓNDE PROCEDEN ESTAS VARIADAS FORMAS DE RESPUESTA EMOCIONAL?

Un niño de tres años es sumamente joven. ¿Debemos concluir que las reacciones emocionales son hereditarias? ¿Existen pautas hereditarias de amor, miedo, ira, vergüenza, celos, timidez, espanto, admiración, respeto, crueldad? ¿O son meras palabras para designar tipos generales de conducta, sin implicar en absoluto su

* En su memoria sobre los experimentos realizados en la Fundación Rockefeller, la doctora MARY COVEX JONES informa que la rana, sobre todo al saltar de improviso, constituía el estímulo más poderoso de las reacciones de miedo. La repentina aparición de un animal suscitaba las más pronunciadas reacciones de los niños. Por ello, con frecuencia dejábase en la habitación cajas con animales pequeños. Como el niño poníase a jugar con los objetos que encontraba, tarde o temprano súbitamente descubría el animal. La doctora JONES ha publicado en "The New Generation", 1930, págs. 445 y ss. un resumen de sus últimos trabajos acerca de las reacciones emocionales.

origen? Históricamente, fueron considerados de origen hereditario. A fin de resolver esta cuestión en forma científica precisamos nuevos métodos de experimentación.

EXPERIMENTOS ACERCA DEL ORIGEN Y DESARROLLO DE LAS REACCIONES EMOCIONALES

En nuestra labor experimental pronto llegamos a la conclusión de que los niños tomados al azar, en hogares pobres o ricos, no constituyen sujetos apropiados para estudiar el origen de las emociones. La conducta que presentan se halla harto complicada por la educación. Afortunadamente, hemos tenido oportunidad de observar a numerosos niños robustos y sanos en las maternidades de los hospitales, y a otros criados en sus hogares bajo la vigilancia de investigadores. Algunos fueron observados casi desde el nacimiento durante todo el primer año de vida, otros hasta el segundo, y dos o tres hasta el tercero.

Para enfrentar a los niños criados en el hospital con situaciones que despiertan reacciones emocionales, por lo general sentábamos a los mayorcitos en sillas de infantes. Si la criatura era demasiado pequeña para mantenerse sentada, la dejábamos en la falda de la madre o de uno de los ayudantes.

a) *Reacciones frente a animales en el laboratorio.* — En primer término llevábamos a los niños al laboratorio, y allí se les administraban los tests habituales con varios animales. Disponíamos el laboratorio de manera tal que pudiese examinárseles en la pieza abierta: solos; con un ayudante; con la madre. El test se realizaba en una pieza oscura, sin muebles, de paredes negras. Tenía un aspecto extraño de por sí. Habíanse hecho arreglos a fin de que fuese posible encender una luz detrás de la cabeza del niño o iluminar el cuarto mediante un foco instalado arriba y frente a él. Siempre se examinaba a uno por vez. La prueba generalmente consistía en la siguiente serie de situaciones:

Primero se exhibía un gato negro, juguetón y siempre agresivamente afectuoso, que ronroneaba de continuo, el cual durante cada test se subía y caminaba varias veces alrededor del niño, frotando su cuerpo contra el del pequeño en la forma usual de los felinos. Son tan comunes las falsas nociones acerca de las respuestas infantiles a los animales peludos, que nosotros mismos nos sorprendimos al comprobar que frente al proverbial "gato negro" aquellas siempre eran positivas. He aquí la respuesta que se observaba invariablemente: extenderse para alcanzar su pelo, ojos y nariz.

Asimismo se presentaba un conejo. También éste suscitaba siempre respuestas de manipulación, y nada más. Una de las preferidas consistía en agarrar una oreja del animal con una mano e intentar llevarla a la boca.

La rata blanca es otro de los animalitos que se utilizaba en todos los casos. Pero este roedor —posiblemente a causa de su escaso tamaño y blancura—, rara vez provocaba la fijación continua de la mirada. Sin embargo, cuando se enfocaba el animal, verificábase la tentativa de alcanzarlo. Además exhibíanse perros Airedale, grandes y chicos, muy juguetones y amistosos. Estos últimos sólo excepcionalmente despertaban tantas reacciones manipulatorias como un animal del tamaño del gato o del conejo. Tampoco fué posible observar respuestas de miedo aplicando los tests con animales en el cuarto oscuro, a plena iluminación o con una luz tenue colocada detrás de la cabeza del niño. Estos tests con niños no condicionados emocionalmente, probaron en forma terminante que son meros cuentos de hadas las clásicas versiones acerca de respuestas hereditarias a objetos y animales con pelaje.

Luego se utilizaba un ave, por lo general una paloma. Introducíase ésta en una bolsa de papel, que se presentaba al niño. La situación era extraña, aun para el adulto. Al forcejear, el ave movía la bolsa en torno al niño. A menudo arrullaba. Mientras la paloma sacudía y movía la bolsa a su alrededor, la criatura rara vez intentaba alcanzarla. Empero, cuando el experimentador la sacaba de la bolsa, producíanse las respuestas ordinarias de manipulación. También hicimos que el ave se moviera y batiera las alas cerca de la cara del niño. (Lo cual se logra fácilmente suspendiendo la paloma por las patitas cabeza abajo.) En semejantes condiciones, hasta un adulto alguna vez se esquivaría y vacilaría un poco. Cuando las alas abanicaban el rostro del niño, éste de ordinario parpadeaba. En tal caso, la reacción de alcanzar tornábase incierta y en ocasiones fracasaba. Al tranquilizarse el ave, empezaba la tentativa de alcanzarla.

Otra variedad de test, empleada con frecuencia en las mismas condiciones, estriba en prender una minúscula fogata con papeles de diario, en la pieza iluminada y a oscuras. En muchos casos, al comenzar el fuego, el niño se acercaba vivamente hacia él y era preciso retenerlo. No obstante, cuando empezaba a calentarse, las respuestas de alcanzar y manipular desaparecían. Durante estas pruebas, el niño solía estar sentado, con las manos parcialmente levantadas, en una posición que se parece bastante a la iniciación de la respuesta de darse sombra que adopta el adulto al aproximarse demasiado al fuego. No cabe duda que de repetirse el experimento a menudo, este tipo de hábito se habría desarrollado. Acaso sea del

todo similar a la reacción de los hombres y los animales frente al sol. Cuando el sol calienta mucho y no tienen nada que hacer, buscan la protección de cualquier sombra.

b) *Frente a animales en los jardines zoológicos.* — En muchas ocasiones, se llevó a jardines zoológicos —siempre a título de primera experiencia de este género— a niños criados en el hospital o en su hogar —cuyas historias emocionales conocíanse. Las criaturas bajo observación no manifestaban reacciones pronunciadas en estas circunstancias. Se hacía lo posible para presentarles debidamente aquellos animales que habían desempeñado un papel predominante en la historia biológica del ser humano. Por ejemplo dedicábase mucho tiempo a la jaula de los primates. Se los detenía también en las de los reptiles, ranas, tortugas y serpientes. Durante estos tests nunca pudimos observar la menor reacción negativa frente a ranas o serpientes, si bien la rana, al saltar, es —como se indicó anteriormente (pág. 143)— para las criaturas condicionadas un estímulo extremadamente enérgico en la provocación de las respuestas de miedo.

TRES TIPOS DE RESPUESTA EMOCIONAL DE EVIDENTE ORIGEN NO APRENDIDO

Tenemos suficientes razones para afirmar que existen tres diferentes formas de respuesta emocional provocables en el niño desde su nacimiento por tres series de estímulos. En razón de la conveniencia las llamaremos "miedo", "ira" y "amor", pero debemos agregar que empleamos estas palabras despojándolas de todas sus antiguas connotaciones. Hemos de considerar las reacciones que con estos nombres designamos, del mismo modo como hemos considerado en el capítulo anterior la respiración, los latidos del corazón, el agarrarse y otras respuestas innatas.

~~Sigamos con los hechos.~~

Miedo El estado de pánico que se apodera del hombre primitivo cuando las ramas de los árboles se quiebran y caen alrededor suyo; al retumbar el trueno o producirse otros ruidos ensordecedores en su proximidad, tiene en estos casos evidente base genética. Nuestros experimentos con niños, y en especial los efectuados con criaturas que carecen de hemisferios cerebrales, en quienes la reacción al ruido es más acentuada, pronto nos enseñaron que los ruidos fuertes casi invariablemente suscitan una marcada reacción desde el mismo momento del nacimiento. Por ejemplo, un golpe de martillo sobre una barra de acero, provocará

un brinco, un sacudimiento, una pausa de la respiración, seguida de una respiración acelerada con pronunciados cambios vasomotores, cierre repentino del ojo, apretar de los puños, fruncir de los labios. Luego, según la edad del niño, tiene lugar el llanto, el caerse, el arrastrarse, la huida caminando o corriendo. No hemos llevado a cabo un estudio muy sistemático de la serie de estímulos sonoros que suscitan respuestas de miedo. No todo tipo de sonidos las obtiene. Algunos sonidos de tono extremadamente bajo, sordo y prolongado no las provocan; ni tampoco los muy agudos del silbato de Galton. Estrujando de improviso la mitad de un diario cerca de su oído y emitiendo un silbido fuerte y penetrante, logramos repetidamente varias reacciones en un niño medio dormido de 2 a 3 años de edad. Los tonos puros —al menos los del diapason—, no resultan muy efectivos en este respecto. A fin de completar el cuadro estímulo-respuesta, todavía debemos investigar minuciosamente la naturaleza del estímulo auditivo, así como también las reacciones parciales separadas de la respuesta.*

El otro estímulo que provoca la reacción de miedo es la pérdida de la base de sustentación, en especial cuando el cuerpo no está preparado para compensarla. Puede apreciarse mejor en los recién nacidos, cuando están a punto de dormirse. Si se los deja caer, o si bruscamente se tira de la sábana sobre la cual yacen, de modo de arrastrar al niño, por lo general tiene lugar dicha respuesta.

En los niños de pocas horas de edad esta reacción de miedo se debilita rápidamente. En otras palabras, si el mismo sonido o el mismo tipo de estímulo de falta de base de apoyo se aplica con frecuencia, por lo común la reacción únicamente se manifiesta a la primera y segunda aplicación, en ocasiones sólo a la primera. Después de un momento de descanso, estos mismos estímulos vuelven a ser eficaces.

La falta de base de sustentación, cuando el individuo no está preparado para ello, suscita una fuerte reacción de miedo inclusive en el adulto y mamíferos superiores. Naturalmente que si debemos caminar por una tabla angosta, conforme nos aproximamos a ella todos nuestros músculos se van preparando para la prueba: pero, si al cruzar un puente —hasta entonces firme—, comienza

* Entre los cientos de niños con que hemos trabajado, sólo pudimos encontrar uno en quien los ruidos fuertes no despertaban ninguna respuesta de miedo. Se trataba de una niña robusta, bien desarrollada y normal en todos los aspectos. Tampoco frente a otros estímulos evidenciaba miedo. La manifestación más cercana al miedo que nos fué dable observar en ella, se produjo ante la presencia y ruido del abrir y cerrar de un paraguas. No sabemos cómo explicar este hecho.

a ceder cuando nos encontramos por la mitad, nuestra respuesta será muy marcada. Si tal cosa le ocurre a un caballo, resultará difícil hacerle cruzar otra vez un puente. En el campo es común ver caballos recelosos de los puentes. Estamos seguros que idéntico principio es aplicable al niño que de buenas a primeras es llevado a aguas profundas. La fluctuación de las aguas hace que realmente pierda el equilibrio. También cuando el agua es caliente nótase una pausa de la respiración, agarrar de las manos y llanto.

Ira. — ¿Le ocurrió alguna vez a usted que llevando orgulloosamente de la mano en un paseo por la calle a su hija de dos años, de súbito se le antojara a ésta arrastrarlo en otra dirección? ¿Y al sujetarla y ejercer usted cierta firme presión sobre su brazo a fin de dirigirla por donde debían ir, que ella se pusiera rígida, empezara a gritar a viva voz, se tirase al suelo plantándose como un tronco en el medio del camino, dando alaridos a toda mandíbula hasta amoratársele la cara, y que continuase gritando hasta no poder más? Si nunca ha pasado por esto, no sabe usted lo que es ira.

Posiblemente habrá usted visto al grandullón camorrista del barrio agarrar a algún chico, y sentándose sobre él sujetarle las piernas y los brazos tan arrimados al tronco que éste ni forcejear puede siquiera. ¿Observó usted cómo el niño se pone rígido y grita hasta que su cara se torna lívida?

¿No ha notado usted los bruscos cambios en los rostros de los hombres cuando de mal modo se los empuja y amontona en los omnibus y trenes? La obstaculización de los movimientos corporales promueve la serie de respuestas que llamamos ira. Ello es factible de observar desde el nacimiento, pero con mayor facilidad entre los 10 y 15 días. Si con delicadeza se les sujeta la cabeza con las manos, los brazos adosados a lo largo del cuerpo, y se les mantiene las piernas estrechamente unidas, la conducta de ira empieza a manifestarse. Hasta hoy no han sido catalogados en forma completa los elementos de la respuesta no aprendida de la ira. Empero, algunos de éstos son de fácil observación: la rigidez de todo el cuerpo, los movimientos desordenados de pateo y manoteo y la retención de la respiración. Al principio el niño no llora, pero luego la boca se abre al máximo y la respiración se contiene hasta que la cara se vuelve morada. Tales estados pueden provocarse sin que en ningún caso la presión llegue a ser tan intensa como para infligir el menor daño a la criatura. En el momento en que en la piel aparece el más leve tinte violáceo, los experimentos se suspenden. Es factible llevar a ese estado a cualquier niño; las reacciones continuarán hasta tanto no se suspenda la situación irritante, y, en ocasiones, inclusive persistirán durante algún tiempo

después. Hemos logrado que las criaturas se encolerizacen haciendo que sus brazos quedaran levantados mediante un cordón del que pendía una esfera de plomo de peso no superior a media onza. El constante impedimento de los movimientos de los brazos, que inclusive un peso tan insignificante ocasiona, basta para provocar la respuesta. Cuando el niño yace de espaldas, a veces la respuesta puede suscitarse oprimiéndole con algodón la cabeza por ambos lados. En muchos casos el estado de ira se advierte a las claras cuando la madre o la "nurse" viste al niño en forma un tanto brusca o apresurada.

Amor. — El estudio de esta emoción en el niño se ve sobremanera dificultado por las numerosas trabas impuestas por los convencionalismos. De ahí que nuestras observaciones hayan debido ser más incidentales que experimentales. Son evidentes estímulos de las respuestas amorosas el acariciar la piel, las cosquillas, el mecimiento suave, el toqueteo de la barbilla. Esta respuesta es particularmente provocada con mayor facilidad por la estimulación de aquellas zonas que —a falta de un término más apropiado—, podemos llamar erógenas: tetillas, labios y órganos sexuales. La respuesta del infante depende de su estado; si está llorando, el llanto termina y se esboza una sonrisa; comienzan el gorjeo y el arrullo. Las cosquillas, aun en bebés de 6 a 8 meses, suscitan violentos movimientos de los brazos y el tronco, acompañados de risas pronunciadas. De cuanto antecede despréndese que empleamos la palabra "amor" en un sentido mucho más amplio que el popular. Las respuestas que aquí intentamos señalar son aquellas comúnmente llamadas "afectuosas", "amables", "bondadosas". El vocablo "amor" las comprende a todas, así como también a las observadas en las relaciones sexuales de los adultos.

¿EXISTEN OTRAS RESPUESTAS NO APRENDIDAS ADEMÁS DE ESTOS TRES TIPOS GENERALES?

No estamos seguros de que estos tres tipos de respuestas sean los únicos de base hereditaria. Tampoco podemos contestar a la cuestión de si existen o no otros estímulos que las provoquen. De ser nuestras observaciones verdaderamente completas, parecería que las reacciones emocionales del niño son muy sencillas y escasos los estímulos que las suscitan.

Estas reacciones, que hemos convenido en denominar miedo, ira y amor, son al principio harto indefinidas. Todavía nos queda mucho trabajo por realizar a fin de saber qué reacciones parciales se dan en cada una de estas reacciones y en cuánto difieren. Desde

luego, éstas no son los complicados tipos de reacciones emocionales que observamos en la vida ulterior, pero creemos que por lo menos constituyen el núcleo del cual proceden todas las futuras reacciones emocionales. Se condicionan con tanta rapidez (luego lo demostraremos), que el llamarlas modos de respuestas hereditarias daría una impresión equivocada. Acaso sería preferible que nos atuviéramos a los hechos reales de la observación, de la siguiente manera:

(Por lo común llamadas miedo):

(I) E	(I) R
Ruidos fuertes Falta de base de sustentación *	Suspensión de la respiración, salto o sobresalto de todo el cuerpo, llanto, a menudo defecación y micción (y muchas otras no comprobadas experimentalmente). Es probable que la mayor parte de las reacciones parciales sea de naturaleza visceral.

(Por lo común llamadas ira):

(I) E	(I) R
Restricción de los movimientos corporales	Rigidez de todo el cuerpo, gritos, suspensión temporal de la respiración, coloración de la cara que va tornándose morada, etcétera. Es obvio que mientras existen respuestas generales la mayor concentración de movimientos se halla en la zona visceral. Los análisis de la sangre de los niños así tratados, demuestran un aumento de la glucosa. Ello tal vez signifique un aumento de la secreción de las glándulas suprarrenales.

* No estamos seguros acerca de qué relación existe entre las reacciones de miedo descritas y las reacciones provocadas por objetos muy calientes, agua helada, golpes, cortaduras, pinchazos, quemaduras y otros estímulos nocivos.

(Por lo común llamadas amor):

(I) E	(I) R
Acariciar la piel y los órganos sexuales, mecer, hacer cabaigar sobre el pie, etc.	Cese del llanto; gorjeo, arrullo y muchas otras no determinadas. El predominio de los factores viscerales está probado por los cambios en la circulación y en la respiración, erección del pene, etcétera.

Si consideramos estas respuestas no aprendidas (llamadas emocionales) en los términos de estas sencillas fórmulas no podemos equivocarnos mucho

CRÍTICAS RECIENTES A ESTA OPINIÓN

E. S. ROBINSON, evidentemente, no está convencido del carácter objetivo de nuestros resultados. Afirma: "Fue necesaria la mentalidad estadística de MANDEL y de IRENE SHERMAN para advertir la diferencia entre lo que WATSON observó y lo que interpretó en la conducta infantil" (*Jr. of Genetics Psychology*, setiembre de 1930, pág. 433). Examinemos un poco su trabajo.

A primera vista, los experimentos realizados por los esposos SHERMAN (*The Process of Human Behavior*, 1929) parecen arrojar ciertas dudas acerca de la sencillez de nuestro análisis de las emociones. Se provocaron en niños diversos tipos de reacciones mediante: ruido, privación de alimento, pinchazos con una aguja, restricción de los movimientos, dejar caer, etc. Se filmaron estas reacciones, exhibiéndose la película ante un grupo de universitarios a los que se invitó a *nombrar la emoción que observaran*. Tal como hubiera podido pronosticarlo cualquier persona experimentada en reacciones infantiles, las contestaciones fueron muy diferentes. Nos resulta difícil comprender el propósito de esta investigación. Sólo el investigador experimentado, que a diario observa las reacciones infantiles a determinados estímulos o situaciones, es capaz de "indicar el estímulo dada la reacción", o *viceversa*. Si el doctor SHERMAN y su esposa hubieran seguido atentamente nuestra labor, recordarían que nosotros sugerimos que a estas reacciones no se las llamara amor, ira y miedo, sino más bien, reacciones X, Y y Z. Quiquiera ha trabajado largo tiempo sobre el niño, con toda seguridad llegará a descubrir la gran diferencia que media entre sus reaccio-

nes X, Y y Z. Ello es todo lo que afirmábamos respecto de su identificación. El verdadero objeto del conductista consistía en verificar si le era dable relacionar la respuesta X con algún otro estímulo, Y con otro, y Z con otro; y, en caso afirmativo, determinar la técnica a emplearse. Además, si era factible establecer semejante enlace emocional con nuevos estímulos, ¿podían éstos ser anulados nuevamente?, y de ser así, ¿mediante qué técnicas? Son muchos los investigadores que han confirmado este trabajo — y creemos que cualquiera que haya seguido nuestra técnica igualmente puede hacerlo.*

CÓMO SE COMPLICA NUESTRA VIDA EMOCIONAL

¿Cómo articular nuestras propias observaciones con aquellas que demuestran la extremada complejidad de la vida emocional del adulto? Sabemos que miles de niños temen la oscuridad, que las serpientes, los ratones y los insectos aterrizan a muchísimas mujeres, y que las emociones se relacionan con numerosos objetos ordinarios de uso casi cotidiano. El miedo se vincula con personas, lugares y situaciones generales, tales como bosques y agua. Asimismo, aumenta enormemente el número de objetos y situaciones susceptibles de despertar ira o amor. Al principio, la mera vista de un objeto no suscita estas emociones, mientras que en la vida ulterior puede provocar ambas emociones primitivas. ¿Cómo se desarrollan estos encadenamientos? ¿Cómo es posible que objetos que en un principio no suscitan emociones puedan hacerlo después, acrecentando así la riqueza y peligros de nuestra vida emocional?

Al iniciar nuestros trabajos, nos sentíamos muy poco dispuestos a experimentar en este campo, pero resultaba tan imperiosa la necesidad de explorarlo, que finalmente resolvimos intentar establecer miedos en el niño y luego estudiar métodos prácticos para suprimirlos. Como primer sujeto escogimos a Alberto, hijo de una nodriza del Hospital Harriet Lane. Se trataba de un bebé extraordinariamente "bueno", que había pasado toda su vida en dicha institución. Durante todos los meses que trabajamos con él, únicamente lo vimos llorar después de nuestros experimentos.

Antes de hablar de los experimentos de que nos servimos para establecer respuestas emocionales en el laboratorio, es preciso recordar la técnica de los reflejos condicionados. A fin de establecer un reflejo condicionado debe existir, en primer lugar, un estímulo

* Más recientemente aún, C. W. VALENTINE ("Jr. of Genetic Psychology", setiembre, 1930) arguye que existe una base innata para varias formas de miedo.

lo fundamental que provoque la respuesta en cuestión. El paso siguiente es lograr que también la provoque algún otro estímulo. Si, verbigracia, nuestro propósito es suscitar un brusco movimiento hacia atrás del brazo y de la mano cada vez que resuene un zumbador, debemos usar el choque eléctrico u otro estímulo doloroso. Pronto el brazo empezará a retirarse de inmediato al funcionar el zumbador, de la misma manera como se retira bruscamente al recibir la sacudida eléctrica. Sabemos que hay un estímulo incondicionado o fundamental que despierta la reacción de miedo en forma rápida y sencilla: un sonido fuerte. Resolvimos usarlo de igual modo que el choque eléctrico en los trabajos descritos en la pág. 43.

Nuestro primer experimento con Alberto tenía por objeto condicionar la respuesta de miedo a una rata blanca. Mediante pruebas repetidas comprobamos, en primer término, que sólo los ruidos fuertes y la remoción de la base de apoyo provocarían dicha respuesta en este niño. Cualquier cosa dentro de un diámetro de doce pulgadas alrededor suyo, era objeto de una manifestación de alcanzar y manipular. Sin embargo, la reacción a un sonido estrepitoso era característica en la mayoría de los niños. El sonido emitido por una barra de acero, de aproximadamente una pulgada de diámetro y tres pies de longitud, golpeada con un martillo de carpintero, suscitaba un tipo muy marcado de reacción.

A continuación transcribimos nuestros apuntes de laboratorio*, que indican el progresivo establecimiento de una respuesta emocional condicionada:

Edad: once meses y tres días.

1 De improviso se saca de una canasta (procedimiento usual) una rata blanca —con la cual el niño había jugado durante semanas—, la cual le es presentada. Alberto empezó por extender la mano izquierda para alcanzarla. En el preciso instante en que su mano tocó al animal, detrás suyo se golpeó bruscamente la barra. El niño saltó violentamente y cayó hacia adelante, escondiendo la cara en el colchón. Sin embargo, no lloró.

2) Volvióse a golpear la barra cuando el niño tocó la rata con su mano derecha. De nuevo el niño saltó violentamente, cayó hacia adelante y empezó a llorar.

A causa del estado perturbado de Alberto, suspendimos las pruebas una semana.

* Véase el cuadro original de Rosalie Rayner y John B. Watson, *Scientific Monthly*, 1921, pág. 493.

Edad: once meses y diez días.

1) De improviso se le presenta la rata sin ruidos. Se observó que la criatura la miraba fijamente, si bien al principio no manifestó ninguna tentativa de alcanzarla. Entonces el animal se acercó; ello suscitó un conato de alcanzarla con la mano derecha. Al tocar la rata con su mano izquierda, la retiró de inmediato. Empezó a mover la mano para tocar la cabeza del animal con el índice de su mano izquierda, pero la retiró bruscamente antes de que el contacto se estableciera. Resulta evidente, pues, que las dos estimulaciones que la semana anterior se suministró asociadas, fueron efectivas. En seguida se le sometió a un test con cubos, a fin de ver si éstos habían sido involucrados en el proceso de condicionamiento. Los agarró de inmediato, dejándolos caer, golpeándolos uno contra otro, etc. En los tests restantes a menudo se le dieron los cubos para calmarlo y probar su estado emocional general. Cuando se iniciaba el proceso de condicionamiento se los apartaba siempre de su vista.

2) Estimulación combinada de la rata y el sonido: se sobresaltó, y luego se tumbó en seguida a la derecha. No lloró.

3) Estimulación combinada: se tumbó a la derecha y se quedó sobre las manos, con la cabeza en dirección contraria a la de la rata. No lloró.

4) Estimulación combinada: igual reacción.

5) Presentación súbita de la rata sola: frunció la cara, lloró y apartó rápidamente el cuerpo a la izquierda.

6) Estimulación combinada: se tumbó de inmediato del lado derecho y empezó a llorar.

7) Estimulación combinada: se sobresaltó violentamente y lloró, pero no se tumbó.

8) Rata sola: *en el mismo momento en que se le enseñó la rata comenzó a llorar. Casi en seguida se volvió vivamente a la izquierda, se levantó sobre las cuatro extremidades y empezó a alejarse gateando con tanta rapidez que costó detenerlo antes que alcanzara el borde del colchón.*

Esta prueba del origen condicionado de la respuesta de miedo sitúa nuestro estudio de la conducta emocional sobre una base científico-natural. Es una gallina de huevos de oro mucho más productiva que la estéril fórmula de JAMES. Proporciona un principio explicativo que dará cuenta de la enorme complejidad de la conducta emocional adulta. Ya no necesitamos recurrir a la herencia para esclarecer tal conducta.

LA PROPAGACIÓN O TRANSFERENCIA DE LAS RESPUESTAS EMOCIONALES CONDICIONADAS

Antes de llevarse a cabo el ya citado experimento con la rata, Alberto había jugado durante semanas con conejos, palomas, manguitos de pelo, el cabello de los asistentes y caretas. ¿Qué efecto tendrá su condicionamiento a la rata sobre sus respuestas frente a estos animales y otros objetos cuando los vuelva a ver? Con el propósito de averiguarlo, suspendimos todo experimento durante cinco días; o sea, que durante este lapso no vió ninguno de estos objetos. Al finalizar el sexto día lo sometimos nuevamente a examen, primero con la rata, a objeto de ver si la correspondiente respuesta condicionada de miedo se había conservado. Nuestras notas consignan lo siguiente:

Edad: once meses y quince días.

1) Test de los cubos: los tomó prestamente, jugando con ellos como de costumbre. Esto demuestra que no hubo transferencia general a la habitación, mesa, cubos, etc.

2) Rata sola: lloró de inmediato, retiró la mano derecha y volvió la cabeza y el tronco en dirección contraria.

3) Nuevamente cubos: jugó gustoso con ellos, sonriendo y gorjeando.

4) Rata sola: se inclinó sobre el lado izquierdo, tan lejos de la rata como le era posible; luego se tumbó, afirmándose sobre las cuatro extremidades, y se alejó lo más rápido posible.

5) Nuevamente cubos: los tomó de inmediato, sonriendo y riendo como antes.

Esto demuestra que la respuesta condicionada se había conservado más allá del periodo de los cinco días. Luego presentamos sucesivamente un conejo, un perro, un saco de piel de foca, algodón, pelo humano y una careta:

6) Conejo solo: de improviso se puso un conejo sobre la colchoneta frente a él; la reacción fué pronunciada. Las respuestas negativas se manifestaron de inmediato. Lloriqueando, se apartó del animal cuanto pudo, y luego estalló en lágrimas. Al ponerse el conejo en contacto con él, escondió la cara en la colchoneta; después se afirmó sobre las cuatro extremidades y huyó gateando y llorando. El test fué muy convincente.

7) Después de un intervalo se le dieron otra vez los cubos: jugó con ellos como antes. Cuatro personas observaron que nunca lo habían visto jugar con tanta energía. Levantaba los cubos por encima de su cabeza y los tiraba hacia abajo con mucha fuerza.

8) *Perro solo*: el perro no despertó una reacción tan violenta como el conejo. Al fijarse sus ojos en el animalito, el niño retrocedió, pero como aquél se le acercaba cada vez más, intentó ponerse sobre las cuatro extremidades, aunque sin llorar. En cuanto el perro desapareció de su campo visual, se apaciguó. Luego se hizo que el perro se aproximara a la cabeza del niño (quien a la sazón yacía tendido). Alberto se levantó inmediatamente, se tumbó del lado opuesto y torció la cabeza en dirección contraria a la del animal. Luego empezó a llorar.

9) Nuevamente los cubos: comenzó a jugar con ellos en seguida.

10) *Saco de piel de foca*: se volvió al instante hacia la izquierda y empezó a lloriquear. Al arrimarse más el saco, por la izquierda, empezó a llorar y trató de huir gateando.

11) *Algodón*: se le dió un paquete de algodón. El papel del envoltorio no tapaba los costados. Primeramente se colocó el paquete sobre sus pies: sin tocarlo con las manos, lo alejó de un puntapié. Al aproximarse su mano al algodón, lo retiró de inmediato, pero no evidenció un shock como el provocado por los animales o el saco de piel. Luego empezó a jugar con el papel, pero evitando el contacto con el algodón. Sin embargo, su negativismo frente al algodón disminuyó antes de transcurrir una hora.

12) Como jugando, W., el investigador, bajó la cabeza para ver si Alberto jugaría con su cabello: Alberto rehusó tocarlo. Los otros dos observadores hicieron lo mismo: en seguida empezó a jugar con sus cabellos. Entonces se trajo una careta de Santa Claus. No obstante haber jugado otras veces con ella, el niño reaccionó vivamente al verla.

En suma, nuestras anotaciones suministran una prueba indiscutible de la propagación o transferencia.

Por otra parte, estas transferencias confirman una vez más que las respuestas emocionales condicionadas son similares a las otras respuestas condicionadas. Recuérdese lo dicho anteriormente acerca de las respuestas diferenciales. Señalamos que si se condiciona un animal a una nota A de cierto tono, casi todas las demás notas provocarán al principio la respuesta. Agregamos luego que si se continúa el experimento —dando el alimento sólo al sonido A, y nunca cuando se toca alguna otra nota— pronto logramos que el animal responda únicamente a A.

Estamos seguros de que los mismos factores entran en juego en estos casos de transferencia o propagación de las respuestas emocionales condicionadas.

Aunque no hemos intentado el experimento, creemos poder es-

tablecer una reacción diferencial tan definida en el terreno emocional como en cualquier otro. Con esta afirmación sólo podemos dar a entender que si continuáramos la prueba por largo tiempo, podríamos suscitar exactamente la reacción de miedo cada vez que enseñáramos la rata, y nunca al hacerlo con cualquier otro animal peludo. Si así fuera, tendríamos una respuesta emocional diferenciada diferencial. Parece ser esto lo que ocurre en la vida real. En la infancia y en la primera juventud, la mayoría de nosotros se halla en un estado emocional indiferenciado. Numerosos adultos, en especial mujeres, quedan en él; como así también los pueblos primitivos (supersticiones). Pero los adultos, educados por el largo entrenamiento que les proporciona el manipular objetos, el tratar animales, el trabajar con electricidad, alcanzan el segundo estado —diferenciado—, de la reacción emocional condicionada.

Si nuestro razonamiento es correcto, es esta una cabal explicación de las respuestas emocionales transferidas —de los "afectos flotantes" de los freudianos. Al principio, cuando recién se establece la respuesta emocional condicionada, esta será provocada por una amplia serie de estímulos físicamente similares (en este caso, todos los objetos cubiertos de pelo), y, por lo que sabemos, continuarán haciéndolo, a menos que se adopten medidas experimentales (o tenga lugar un cambio muy afortunado del ambiente) para llevar la respuesta condicionada no diferenciada al estado diferencial. En este último, sólo provocarán la respuesta el objeto o la situación a la cual se condicionó originalmente.

RESUMEN

Debemos admitir que son tan escasas las pruebas de una herencia al por mayor de las complicadas pautas de respuesta comúnmente llamadas emocionales, como aquellas en que se basa la herencia de las pautas llamadas instintivas.

Acaso describamos mejor nuestros descubrimientos diciendo que algunos tipos de estímulos —sonidos fuertes y pérdida de la fase de sustentación— provocan un determinado tipo general de respuesta, a saber: retención momentánea de la respiración, sobresalto, llanto, respuestas viscerales marcadas, etc.; que otro tipo de estímulos —impedimento o restricción de los movimientos— provoca el llanto con la boca abierta, prolongada retención de la respiración, marcados cambios en la circulación y otras modificaciones viscerales; que un tercer tipo de estímulo —acariciar la piel, en especial las superficies sexuales sensibles— suscita la sonrisa, cambios en la respiración, cese del llanto, arrullo, gorjeo,

erección del pene y otros cambios viscerales. Recalcamos el hecho de que las respuestas en estos estímulos no se excluyen mutuamente — muchas de sus reacciones parciales son las mismas.

Estos estímulos incondicionados, con sus respuestas incondicionadas relativamente simples, son nuestros puntos de partida en el establecimiento de las complicadas pautas de hábitos condicionados que más tarde denominamos emociones. En otras palabras, las reacciones emocionales se forman como la mayor parte de nuestras otras pautas de reacción y siguiendo un orden parecido. No sólo aumenta el número de los estímulos que provocan la respuesta (sustitución) por condicionamiento directo y transferencia (ampliándose así enormemente el campo de estímulo), sino que además se introducen pronunciadas adiciones y otras modificaciones de las respuestas.

También ha de tomarse en cuenta otra serie de factores que complican aún más nuestra vida emocional. El mismo objeto (pongamos por caso una persona) puede ser en cierta situación un estímulo sustituto para una respuesta de miedo, y poco después serlo en otra para una respuesta de amor, o inclusive para una de ira. La complejidad creciente que provocan estos factores pronto establece una organización emocional lo bastante complicada como para satisfacer hasta a un novelista o un poeta.

No queremos cerrar este capítulo sin exponer antes —por lo menos entre paréntesis— esta idea que luego, al describir tipos de reacción más complicados, desarrollaremos: si bien en todas las respuestas emocionales se dan factores explícitos, tales como el movimiento de los ojos, brazos, piernas y tronco, predominan los factores viscerales y glandulares. El "sudor frío" del miedo, el "corazón que se rompe", la "cabeza gacha" en la apatía y en el dolor, la "exuberancia de la juventud", "el corazón palpitante" del enamorado o de la joven, son algo más que meras expresiones literarias: son productos de genuina observación.

Más adelante desarrollaremos la tesis de que la sociedad no ha sabido apropiarse de estas reacciones viscerales y glandulares ocultas, implícitas, pues si así no fuera, dada su propensión a regular todas nuestras reacciones, hubiera querido educarlas. Por eso muchas de nuestras reacciones explícitas adultas —el habla, movimientos de brazos, piernas y tronco— son educadas e integradas en hábitos. Debido a la naturaleza disimulada de la conducta visceral, la sociedad no puede adueñarse de ella y formular reglas para su integración. De ello resulta que no disponemos de nombres ni palabras con los cuales describir estas reacciones. No las verbalizamos. Nos es factible describir con la palabra apropiada cada uno de los actos de dos boxeadores, o de dos esgri-

mistas, y criticar cada detalle particular de sus respuestas, porque existen textos verbales para el procedimiento y práctica de la ejecución de estos actos de destreza. ¿Por qué HOYLE* ha dictado reglas de acuerdo con las cuales deben tener lugar los movimientos separados de nuestras visceras y glándulas en presencia de un objeto emotivamente excitante?

Es a causa de que jamás hemos verbalizado estas respuestas que nos ocurre una cantidad de cosas de las cuales no podemos hablar. Nunca aprendimos a hablar de ellas. No hay palabras para ellas. La teoría de lo no verbalizado en la conducta humana nos abre un camino científico para explicar muchas cosas que los freudianos llaman "complejos inconscientes", "deseos reprimidos", etc. En otras palabras, en nuestro estudio de la conducta humana ahora podemos volver a la ciencia natural. La vida emocional crece y se desarrolla como los demás equipos de hábitos. Pero, ¿puede el desuso atectar nuestros hábitos emocionales una vez arraigados? ¿Puede dejárselos de lado y superarlos, como sucede con nuestros hábitos manuales y verbales? Hasta hace muy poco carecíamos de hechos que sirvieran de guía en la solución de estas cuestiones. Actualmente dispónese de algunos. En el capítulo siguiente trataremos esta cuestión.

* EDMOND HOYLE (1672-1769), tratadista inglés de juegos. [T.]

VIII. EMOCIONES

CON CUALES EMOCIONES NACEMOS. CÓMO ADQUIRIMOS NUEVAS. CÓMO PERDEMOS LAS VIEJAS

PARTE II. — ULTERIORES EXPERIMENTOS Y OBSERVACIONES ACERCA DE CÓMO ADQUIRIMOS, CONSERVAMOS Y PERDEMOS NUESTRA VIDA EMOCIONAL

Introducción. Diferentes métodos empleados para eliminar respuestas de miedo. Localización de las respuestas condicionadas de miedo en los niños. Eliminación de las respuestas de miedo mediante el desuso. Casos. Método de la organización verbal. Método de aplicación frecuente del estímulo. Método de la socialización. Casos. Método de reacondicionamiento o descondicionamiento. Factores domésticos que condicionan emocionalmente a los niños. Situaciones que provocan el llanto infantil. Situaciones que provocan la risa en los niños. ¿Debemos establecer respuestas negativas en los niños? Empleo de castigos corporales en el establecimiento de respuestas negativas. Los actuales métodos de castigo del crimen son supervivencias de épocas oscuras. Formas más importantes de establecerse la conducta emocional. Situaciones que provocan la conducta de celos. ¿Cuáles son las respuestas? ¿A qué edad suelen manifestarse los celos respecto de uno u otro de los padres? ¿Surgen los celos súbitamente cuando un hijo único enfrenta a un hermanito menor? ¿Podemos llegar a alguna conclusión acerca de los celos?

Resumen.

INTRODUCCIÓN

En 1920 completamos los experimentos expuestos en el último capítulo. Hasta fines de 1923 no se realizaron otras investigaciones. Descubierta la posibilidad de establecer respuestas emocionales muy rápidamente, estábamos ansiosos por ver si luego podía destruirse, y, en tal caso, mediante qué métodos. No nos fue dable realizar otras pruebas con Alberto B. —el niño en quien habíamos establecido nuevas respuestas—, pues poco después fué adoptado por una familia campesina.

EL CONDUCTISMO

Sólo a fines de 1923 se llevaron a cabo nuevos experimentos. Hacia esa época, la Fundación de LAURA SPELMAN ROTTERHAM hizo una donación al Instituto de Investigaciones Educativas del Colegio de Maestros; parte de la contribución se invirtió en proseguir el estudio de la vida emocional infantil. Encontramos un lugar donde trabajar: la Fundación Heckscher. Separadas por edades, allí se alojaban aproximadamente 70 criaturas, cuyas edades oscilaban entre los 3 meses y los 7 años. No era el lugar ideal para nuestro trabajo experimental, dado que, por una parte, no se nos había concedido el completo control de las criaturas, y por la otra, a causa de la frecuencia con que las inevitables epidemias de una u otra clase nos obligaba a suspender los experimentos. Pese a tales inconvenientes, se cumplió una intensa labor. Los experimentos fueron realizados por la doctora MARY COVER JONES, quien también redactó el informe acerca de los resultados.*

DIFFERENTES MÉTODOS EMPLEADOS PARA ELIMINAR RESPUESTAS DE MIEDO

Localización de las respuestas condicionadas de miedo en los niños. — Iniciamos nuestros experimentos introduciendo a varios niños de diferentes edades en una serie de situaciones susceptibles de provocar respuestas de miedo, en caso de hallarse éstas presentes. Como queda dicho, los niños criados en el hogar se hallan predispuestos a este tipo de reacciones. Muchísimos motivos nos inducen a pensar que tales reacciones están condicionadas. Haciendo pasar a cada niño a través de dichas situaciones, no sólo nos era factible individualizar a los niños con respuestas condicionadas de miedo más pronunciadas, sino también conocer los objetos (y las situaciones generales) que las provocan.

Naturalmente, aquí trabajábamos con una desventaja. Desconocíamos la historia genética de sus respuestas de miedo. De ahí que, al observar una determinada reacción de miedo, no sabíamos si se trataba de una reacción directamente condicionada o meramente transferida. Esta ignorancia siempre representa una desven-

* Véase "The Elimination of Children's Fears", de MARY COVER JONES, Jr. *Exp. Psychology*, 1924, pg. 382.

En castellano puede consultarse la monografía de MARY COVER JONES sobre el "Desarrollo emocional" (Las emociones primitivas. ¿Existen emociones básicas? Estudio de las emociones específicas. Aspectos situacionales de la conducta emocional. Pautas de respuesta emocional. La expresión externa e interna de las emociones). *Manual de Psicología del niño*, dirigido por CARL MURCHISON, cap. VI, Barcelona, Francisco Séix, 1935. [E.]

taja, sobre todo en este tipo de estudios, como lo demostraremos más adelante.

Eliminación de las respuestas de miedo mediante el desuso. — Una vez localizada en una criatura la respuesta de miedo y el estímulo que la provocaba, nuestro próximo paso era eliminarla.

Por lo común, se suponía que el simple alejamiento del estímulo durante un lapso suficiente, tendría por resultado que la criatura o el adulto "olvidase su miedo". Todos hemos oído expresiones como éstas: "Aléjenlo y olvidará. Lo olvidará todo". A fin de determinar la eficacia de este método, se realizaron tests de laboratorio. Cito las notas de la señora JONES.

Caso 1. — Rosa D. Edad: 21 meses.

Situación general: sentada en el corralito con otros niños, ninguno de los cuales manifestaba miedos específicos. Introdújose un conejo sacándolo de atrás de un biombo.

Enero 19. — Al ver el conejo, Rosa estalló en sollozos; su llanto fué decreciendo cuando el experimentador levantó al animalito, pero aumentó nuevamente cuando se lo dejó otra vez sobre el suelo. Al retirarlo, la niña se calmó, aceptó una galletita y volvió en seguida a sus cubos.

Febrero 5. — Dos semanas más tarde, la situación se repitió. La niña empezó a llorar y temblar al ver el conejo —E (experimentador) estaba sentado en el piso, entre Rosa y el roedor—, y continuó llorando por espacio de varios minutos. E intentó desviar su atención con un juguete; finalmente, la pequeña dejó de llorar, pero siguió vigiando el conejo y no se la pudo inducir a que jugara.

Caso 2. — Roberto G. Edad: 30 meses.

Diciembre 6. — Roberto manifestaba una débil respuesta de miedo al presentarsele una rata en una caja. La miraba alejado varios metros, se retiraba y lloraba. Siguió un periodo de entrenamiento de tres días, con el resultado de que Roberto tolerase la rata en el corralito donde jugaba e inclusive la tocara sin ninguna manifestación explícita del miedo. Se suspendió el experimento hasta:

Enero 30. — Después de transcurridos casi dos meses durante los cuales no se realizó experimento alguno con el estímulo específico, se llevó nuevamente a Roberto al laboratorio. Mientras jugaba en el corralito, apareció E, trayendo una rata en la mano. Roberto saltó, corrió fuera del corral y lloró. Habiéndose vuelto a poner la rata en la caja, Roberto corrió hacia E y la tomó de la mano, dando muestras de un marcado trastorno.

Caso 33. — Leonor J. Edad: 21 meses.

Enero 17. — Mientras jugaba en el corralito se introdujo una rana por detrás de ella. La estuvo mirando, se le aproximó, y finalmente la tocó. La rana dió un salto. La niña se retiró, y, cuando posteriormente se le presentó la rana, sacudió la cabeza, y apartó con violencia la mano del experimentador.

Marzo 26. — Se dejó pasar dos meses sin realizar experimentos con animales. Al cabo de éstos, Leonor fué llevada al laboratorio y se le presentó una rana. Cuando ésta saltó, la niña se echó hacia atrás, escapó corriendo del corralito y empezó a llorar.

Estos tests y muchos otros parecidos nos llevan a creer que en los casos de perturbación emocional el método de desuso no es tan eficaz como comúnmente se supone. Sin embargo, reconocemos que los tests no fueron prolongados el tiempo suficiente como para completar la prueba.

MÉTODO DE LA ORGANIZACIÓN VERBAL

La mayoría de los sujetos de la Fundación Heckscher tenía menos de 4 años; la posibilidad de condicionarlos verbalmente respecto de los objetos que suscitaban respuestas de miedo era, pues, muy limitada. Naturalmente, nada puede hacerse con este método en tanto la criatura no haya alcanzado un desarrollo verbal adecuadamente amplio. Sin embargo, un sujeto satisfactorio —Juana E., niña de cinco años—, fué considerado apto para ser sometido a un examen amplio. A la presentación inicial del conejo, evidenció marcadas reacciones de miedo. No se le volvió a mostrar el animalito por algún tiempo, pero, entretanto, diariamente se conversaba diez minutos con ella acerca de los conejos. El experimentador apeló a artificios, tales como un libro de figuras de conejos, conejos de juguete y modelados en material plástico. Narró breves cuentos de conejos. Durante el relato de estas historias, la pequeña preguntaba: "¿dónde está tu conejo?", o prorrumpía: "enséñame un conejo". Una vez dijo: "toqué tu conejo, lo acaricié y no lloré nada" (lo cual no era cierto). Al finalizar una semana de organización verbal, volvió a exhibirse el animalito. Sus reacciones fueron, prácticamente, las mismas del primer encuentro. Saltó abandonando su juego y se retiró. Instada, tocó el conejo mientras el experimentador lo sujetaba, pero cuando se colocó el animal en el piso, dijo sollozando: "guárdelo, sáquelo". Cuando la organización verbal no se relacionaba con verdaderas adaptaciones manuales o viscerales al animal, resultaba de muy poca eficacia en la extirpación de las respuestas de miedo.

MÉTODO DE APLICACIÓN FRECUENTE DEL ESTÍMULO

Aun reconociendo que los experimentos con este método no se realizaron en gran escala, los resultados no han sido muy promisorios. El procedimiento ordinario consistía en presentar muchas

veces por día el animal que provocaba la respuesta de miedo. Si bien en algunos casos no se observaba verdaderas respuestas negativas —única forma de mejora que se advirtió— el empleo de este método no estableció reacciones positivas. En algunos casos se obtuvo un efecto de agregación más bien que una adaptación.

MÉTODO DE SOCIALIZACIÓN

La mayor parte, estamos familiarizados con lo que sucede entre los niños en grupo, sea en la escuela o en el campo de juego. Si uno de ellos evidencia temor frente a algún objeto respecto del cual el grupo es indiferente, se transforma en víctima propiciatoria y es llamado "miedoso". Hemos intentado utilizar este factor social con algunos niños. Relatamos detalladamente un caso.

Caso 41. — Arturo G. Edad: 4 años.

En momentos en que no había otros niños, se le enseñó a Arturo G. un acuario con ranas. Arturo lloró; dijo: "muerden", y escapó corriendo del corralito. Sin embargo, cuando —más tarde— se le condujo a la misma habitación con otros cuatro niños, se dirigió presuntuosamente hacia el acuario, a la vanguardia de los demás. Pero, cuando uno de sus compañeros cogió una rana y se volvió con ella hacia él, gritó y huyó; esto dió pie para que lo corrigiesen y se burlasen de él, sin que, naturalmente, se provocase una disminución del miedo en esta ocasión particular.

Acaso sea éste uno de los métodos menos seguros para eliminar los miedos, pues tiende a multiplicar reacciones negativas, ya no sólo frente al animal origen del miedo, sino a la sociedad en general.

Mejores resultados se obtienen utilizando métodos sociales más suaves, ordinariamente denominados de imitación social. La doctora JONES nos relata dos casos que cito a continuación:

Caso 2. — Roberto G. Edad: 30 meses.

Roberto jugaba en el corralito con María y Laurel. El conejo fué presentado en una canasta. Roberto gritó: "¡no, no!" e hizo señas al experimentador para que lo alejase. No obstante, las dos niñas se irguieron con vivacidad, miraron el conejo y se quedaron charlando animadamente. Alentado por este ejemplo, Roberto inquirió: "¿qué es?" y se aproximó corriendo; su curiosidad y afán de autoafirmación en la situación social dominó los otros impulsos.

Caso 54. — Vicente W. Edad: 21 meses.

Enero 19. — Vicente no daba muestra alguna de miedo al presentársele el conejo, aun acercándose a las manos o al rostro. Su única respuesta era

reír y tratar de alcanzar la piel del animalito. El mismo día fué llevado al corralito con Rosa, la cual lloró a la vista del roedor. Vicente, que en circunstancias ordinarias en la sala de juego no habría prestado atención al llanto de Rosa, en presencia del conejo sintió los efectos del miedo por sugestión. El miedo así transferido duró más de dos semanas.

Febrero 6. — Elías y Heriberto hallábanse en la sala de juego con el conejo. Cuando Vicente fué introducido, detúvose receloso a cierta distancia. Elías llevó a Vicente hacia el conejo, y lo indujo a tocar el animal. Vicente se rió.

Empero, según puede advertirse, hay dificultades en la forma de emplear este método. En ocasiones, niños desprovistos de miedo ante un objeto, son condicionados por el comportamiento de otro niño que exhibe reacciones de miedo frente a aquél.*

Aunque todos estos métodos son sugestivos, y si bien no se trabajó con ellos hasta lograr una conclusión final, ninguno parece especialmente provechoso o libre de riesgos.

MÉTODO DE REACONDICIONAMIENTO O DESACONDICIONAMIENTO

El método de mayor éxito descubierto hasta la fecha para eliminar el miedo es el de ~~desacondicionamiento~~ o ~~recondicionamiento~~. Sería más apropiado usar la palabra "recondicionamiento", si no fuese por el empleo que se hace de ella en educación física para tipos de propaganda higiénica. Queda, pues, "desacondicionamiento", a lo que parece, la única utilizable.

El método y los resultados que obtuvimos en el desacondicionamiento se detallan en nuestro experimento con Pedro, que exponemos a continuación:

Pedro era un niño vivaz e impetuoso de aproximadamente 3 años de edad**; excepto su organización de miedo, se hallaba bien adaptado a las situaciones de la vida ordinaria. Atemorizábanle las ratas blancas, conejos, sacos de piel, plumas, algodón en rama, ranas, peces y juguetes mecánicos. Por la descripción de las manifestaciones de miedo de Pedro, hubiérase creído que se tra-

* En su reciente artículo "The Prevention and Treatment of Children's Fears" (Prevención y tratamiento de los miedos infantiles), en *The New Generation*, 1932, la Dra. JONES parece confiar más que yo en este método. En dicha monografía la Dra. JONES discute también las medidas terapéuticas usadas en la Clínica del Hábito de la Universidad de California. Por último, expone una serie de reglas y condiciones para tratar los casos de miedo en el hogar.

** La Dra. JONES presentó un informe completo sobre Pedro en el "Pedagogical Seminary", diciembre de 1924.

taba del mismo Alberto B. ya crecido. (véase pág. 157). Únicamente debemos recordar que los temores de Pedro se habían desarrollado en su hogar, es decir, que no fueron provocados experimentalmente, como en el caso de Alberto. Empero, los temores de Pedro eran harto más pronunciados, según podemos verificarlo en este relato:

Se ubicó a Pedro en una cama con barandilla en la sala de juegos; en seguida el niño absorbióse en sus juguetes. Introdújose entonces una rata blanca en la cama, desde atrás. (El experimentador se encontraba ubicado detrás de una mampara.) A la vista de la rata, Pedro profirió un grito y en un paroxismo de miedo cayó de pleno sobre sus espaldas. Alejóse el estímulo, se sacó a Pedro de la cama y se le sentó en una silla. Bárbara, una pequeña de dos años, fué llevada a la cama y se introdujo la rata como antes. La niña no evidenció sintoma de miedo alguno, sino que cogió la rata con su mano. Pedro, sentado tranquilamente, observaba a Bárbara y la rata.

Se dejó en la cama una sarta de perlas que pertenecía a Pedro. Cada vez que la rata las tocaba, Pedro repetía con voz plañidera: "mis perlas", si bien no hacía objeción cuando las tomaba Bárbara. Invitado a bajar de la silla, sacudió la cabeza; su miedo no se había apaciguado todavía. Transcurrieron veinticinco minutos antes de que se sintiera como para volver a jugar libremente.

Al día siguiente se anotaron sus reacciones en las situaciones y frente a los objetos que se enumeran:

Sala de juego y cama:	Tomó sus juguetes, entró en la cama sin protestar.
Pelota blanca tirada adentro:	La levantó y la retuvo en sus manos.
Manta de piel suspendida sobre la cama:	Lloró hasta que fué sacada.
Saco de piel suspendido sobre la cama:	Lloró hasta que fué sacado.
Algodón:	Lloriqueó, se retiró, lloró.
Sombrero con plumas:	Lloró.
Conejo de juguete de paño blanco rústico:	Ninguna reacción, ni positiva ni negativa.
Muñeca de madera:	Ninguna reacción, ni positiva ni negativa.

El entrenamiento para eliminar estos miedos en Pedro, se inició utilizando primeramente factores sociales similares a los que se mencionan en la pág. 168. Se obtuvo considerable mejoría, pero antes de que finalizara el entrenamiento, el niño enfermó de escar-

latina y hubo que internarlo dos meses en el hospital. Al salir de éste, en el preciso momento de subir a un taxi, atácoles ladrando un gran perro. Ambos, la "nurse" y Pedro, se asustaron terriblemente, quedando el niño tendido en el coche, enfermo y exhausto. Un descanso de pocos días le bastó para recobrase; al cabo de éstos fué llevado al laboratorio y sometido nuevamente a tests con animales. *Sus reacciones de miedo frente a todos los animales habían reaparecido en forma exagerada.* En consecuencia, resolvimos emplear un procedimiento distinto — el de *desacondicionamiento directo*. No teníamos control sobre su alimentación, pero se nos autorizó para darle su comida de la tarde — galletitas secas y un vaso de leche. La comida se servía en una sala de aproximadamente diez metros de largo. En el mismo instante en que se le presentaba la bandeja, se le enseñaba el conejo en una jaula de alambre de malla ancha. El primer día se lo mostraron desde una distancia adecuada como para no estorbar su almuerzo. Se marcó la distancia. Al día siguiente, se le aproximó el conejo más y más hasta notar los primeros síntomas de intranquilidad; punto que también fué marcado. El tercer día y siguientes, se procedió de la misma manera, hasta que, por fin, se pudo colocar al conejo sobre la mesa y, por último, en la misma falda de Pedro. Más tarde la tolerancia se transformó en reacción positiva, llegando el niño a comer con una mano y a jugar con la otra con el animalito: prueba evidente de que *se habían re-entrenado sus vísceras simultáneamente con las manos.*

Tras haber logrado extirpar sus reacciones de miedo al conejo —el animal que las provocaba en la forma más acentuada— nos interesaba comprobar cuáles serían ahora sus reacciones frente a otros animales y objetos con pelaje. *Las respuestas de miedo frente al algodón, el saco de piel y las plumas,* habían desaparecido totalmente. Miraba y tocaba estos objetos y luego se dirigía a otros. Inclusive llegaba a levantar el saco de piel y se lo entregaba al experimentador.

La reacción frente a las ratas blancas mejoró mucho — por lo menos había alcanzado la etapa de la tolerancia, aunque no suscitó ninguna clase de vivaces manipulaciones positivas. Levantaba las pequeñas cajas de lata que contenían ratas y ranas y las transportaba de un lado a otro de la habitación.

Se lo sometió entonces a un test con animales en una situación totalmente nueva. Se le presentó un gracioso ratón suave —al cual el niño no había visto hasta entonces—, juntamente con un montón de entremezcladas lombrices de tierra. Su reacción fué al principio parcialmente negativa, mas a los pocos minutos se trocó en una respuesta positiva hacia las lombrices y en una tranquila vigilancia del ratón.

En éste, como en muchos otros casos, el trabajar con temores establecidos en el hogar significaba una notable desventaja, pues desconocíamos la situación primaria en la cual el niño se había condicionado (reflejo condicionado de primer orden). Si hubiéramos tenido información sobre este punto y lo hubiéramos desacondicionado de su miedo primario, posiblemente todas las respuestas transferidas habrían desaparecido inmediatamente. En tanto no tengamos mayor experiencia acerca de cómo establecer un miedo primario, tomando notas de sus transferencia y luego de su desacondicionamiento, no nos será factible trabajar sobre terreno firme en este interesante campo de investigación. Justamente, es posible que se den ciertas diferencias de reacción (intensidad) entre la respuesta condicionada primaria (primer orden), las respuestas condicionadas secundarias (de segundo orden y siguientes) y las distintas respuestas transferidas. Si esto es exacto, presentando situaciones muy variadas a niños cuya historia emocional desconocemos, podemos establecer cuál de éstas es la que condicionó originariamente a cada uno de ellos.

Encarado el estudio de las emociones con criterio experimental, todo este campo resulta en extremo interesante, pues abre verdaderas perspectivas para la aplicación práctica en el hogar, en la escuela e inclusive en la vida cotidiana.

Sea como fuere, ya hemos visto cómo se establece experimentalmente la respuesta del miedo, y por lo menos un caso en el que la respuesta de miedo fué extirpada de raíz mediante procedimientos experimentales. Siendo el miedo susceptible de ser tratado de esta manera, ¿por qué no podrían serlo también todas las otras formas de organización emocional de ira (berrinches) y amor? Creemos firmemente en su posibilidad. En otras palabras, la organización emocional está sujeta a las mismas leyes que los demás hábitos, tanto respecto al origen según ya lo hemos señalado, cuanto a la extinción.

En el caso descrito, la aplicación del método presentó un serio inconveniente, debido sobre todo a que no teníamos control sobre la alimentación del niño. (Dicho sea de paso, nunca conviene iniciar un experimento con un objeto del que no se tenga su completo control.) Si el niño hubiese sido acariciado, mimado y mecido (estimulación sexual que conduce al reentrenamiento de las visceras) simultáneamente con la presentación del objeto del miedo, con toda probabilidad el desacondicionamiento habría tenido lugar con mucha mayor rapidez.

Acaso este informe preliminar sobre el desacondicionamiento sea incompleto e insatisfactorio, mas por ahora hay en este respecto suma escasez de otros hechos. Debemos abandonar los experimentos

de condicionamiento y desacondicionamiento de las reacciones emocionales hasta tanto sea factible trabajar con mayor número de niños y bajo mejores condiciones de control.

FACTORES DOMÉSTICOS QUE CONDICIONAN EMOCIONALMENTE A LOS NIÑOS

Vislumbra la posibilidad de que algún día podremos criar al ser humano a través de la infancia y de la niñez sin que lllore o manifieste reacciones de miedo, excepto en presencia de los estímulos incondicionados (malestar, sensaciones dolorosas, ruidos fuertes) que provocan dichas respuestas. Puesto que tales estímulos se presentan rara vez, los niños no debieran llorar nunca. Sin embargo, observémoslos: lloran mañana, tarde y noche. Un niño está en su sagrado derecho de llorar si sufre un cólico, si le pincha el alfiler del pañal, así como de lloriquear un poco si tiene hambre, si llega a meter la cabeza entre los barrotes de la cama o si se cae entre el colchón y el costado de la cama; si el gato lo arañó o se ha lastimado de cualquier otra manera; si lo sobresaltan ruidos fuertes o se ve desprovisto de base de sustentación. Pero en otras ocasiones el llanto rara vez se justifica. Esto significa que, a causa de nuestros insatisfactorios métodos de entrenamiento doméstico, perjudicamos la adaptación emocional del niño con la misma rapidez con que torcemos una rama.

SITUACIONES QUE PROVOCAN EL LLANTO INFANTIL

La doctora JONES observó a un grupo de nueve niños desde que se despertaban por la mañana hasta que se dormían profundamente por la noche, tomando nota de cada llanto y cada risa. Registró asimismo la duración de estas reacciones, la hora del día en que tuvieron lugar y, con mayor prolijidad, las situaciones generales que las provocaban, así como sus ulteriores efectos en la conducta. La edad de los niños del grupo oscilaba desde los 16 meses a los 3 años. Estos niños fueron examinados mediante tests en la Fundación Heckscher, donde vivían temporariamente. Habían sido criados en sus respectivos hogares. Un mes después de realizada la primera serie de experimentos, se llevó a cabo una segunda.

Las situaciones que provocaban el llanto se enumeran a continuación, según el número de los llantos suscitados.

1. Al tener que sentarse sobre el bacin.
2. Al quitarles sus cosas.

3. Al lavarse la cara.
4. Al dejarlos solos en la habitación.
5. Al abandonar el adulto la habitación.
6. Al intentar infructuosamente hacer algo.
7. Al no conseguir que adultos y otros chicos jueguen con ellos, o que los miren y les hablen.
8. Al ser vestidos.
9. Al no lograr que los adultos los levanten.
10. Al ser desvestidos.
11. Al ser bañados.
12. Al sonarles la nariz.

Éstas son únicamente doce de las situaciones más corrientes que suscitan tales respuestas, pues pasan de cien las que despertaban las lágrimas o el lloriqueo. Muchas de las respuestas, ante estas situaciones, pueden conceptuarse tanto respuestas incondicionadas como condicionadas de ira. Por ejemplo: 1) sentarse sobre el bacin; 2) quitarles sus cosas; 3) lavarles la cara; 6) intentar infructuosamente hacer algo; 10) ser desvestidos; 11) ser bañados; 12) sonarles la nariz. Por otra parte, el abandonar el adulto la habitación (5), no conseguir que un adulto los levante (7) — parecerían encuadrar más dentro de las respuestas condicionadas de amor, próximas a la situación de dolor que se produce cuando la cosa o la persona objetos del cariño es alejada o no manifiesta las respuestas de costumbre (cuando "el amor" se enfía). La doctora JONES afirma que en un gran número de casos, el miedo — tanto condicionado cuanto incondicionado —, era en buena parte responsable del llanto; por ejemplo, cuando se obligaba a los niños a pararse sobre la plataforma superior de un tobogán o a deslizarse por éste, a mantenerse de pie sobre una mesa. Posiblemente 4 y 5, de la clasificación citada, comprenden elementos de la respuesta de miedo.

Al realizar un estudio de esta naturaleza, debiéramos tener siempre presente que el llanto puede ser originado por factores orgánicos, tales como el sueño, el hambre, el cólico, etc. La doctora JONES halló que la mayoría de los llantos debidos (probablemente) a causas intraorgánicas ocurrían entre las 9 y las 1 horas de la mañana. En consecuencia, la institución estableció sus horas de reposo antes del almuerzo en lugar de por la tarde, con dos periodos de descanso para los niños más pequeños, logrando así disminuir el llanto y la inquietud provocados por factores intraorgánicos.

SITUACIONES QUE PROVOCAN LA RISA EN LOS NIÑOS

De idéntica manera se registraron las situaciones que provocan la risa y la sonrisa. Las causas comunes de la risa son, por orden, las siguientes:

1. Que alguien juegue con ellos (les hable risueñamente, les haga cosquillas).
2. Correr, perseguir, travesear con otros niños.
3. Entretenerse con juguetes (la pelota era particularmente eficaz).
4. Bromas a otros niños.
5. Contemplar a otros niños que juegan.
6. Felices tentativas de arreglos (por ejemplo, haciendo que piezas de juguetes o aparatos ensamblen o funcionen).
7. Ruidos más o menos musicales en el piano o con una flauta; cantar, golpear.

En total, se registraron 85 situaciones que provocaban la risa y la sonrisa. Las situaciones que más comúnmente provocaban la risa eran: *las cosquillas, el hablarles risueñamente, el bañarlos con suavidad, sus travesuras con otros niños, el torrearlos* (pero siempre que éste implicase la posibilidad de una reconciliación; probablemente una respuesta aprendida de base sexual, dado que la reconciliación entraña un trato afable, palmoteo y mimo). Resultaría difícil intentar discutir aquí hasta qué punto estas reacciones de alegría eran incondicionadas y hasta qué punto condicionadas. Es notable cómo los mismos estímulos pueden provocar una vez la risa y otra el llanto según la manera como se traten las situaciones y según el estado intraorgánico de los niños. Por ejemplo, al bañárselos, aunque predominaba el llanto, siempre era posible hacerlos reír. En una oportunidad, la introducción de una flauta alteró por completo el humor de la sala, trocando la angustia en risa. Cuando se viste a los chiquillos con torpeza, empujándolos, apretándolos y haciéndolos girar bruscamente, casi siempre se suscita el llanto; pero si esta operación se realiza juguetonamente, las respuestas serán sonrisas y risas. Sin embargo, debemos tener cuidado, pues fácilmente podríamos excedernos en la diversión del niño cuando está haciendo aquello que debe hacer. He visto niños así malcriados, sufrir una verdadera tortura al ser atendidos por una nueva "nurse" que no cedía, o no quería ceder, a sus demandas de divertirlos mientras se los bañaba, acostaba o alimentaba.

No obstante lo incompleto de los resultados obtenidos hasta el presente, hemos adelantado lo suficiente como para demostrar cuán fácil es sustituir sin dificultad un gran número de situaciones domésticas que en la actualidad provocan llanto por otras que producen la sonrisa (y generalmente la risa); lo cual, en forma moderada, es sin duda lo más conveniente para el estado metabólico general del organismo. Por otra parte, una vez que por la observación continuada lleguemos a conocer los principales aspectos del ambiente del niño, nos será dable reestructurarlo e impedir así el desarrollo de una organización desfavorable.

¿DEBEMOS ESTABLECER RESPUESTAS NEGATIVAS EN LOS NIÑOS?

Cierto sentimentalismo brega actualmente en el campo pedagógico de nuestro país para que no se fuerzen reacciones negativas en los niños. En realidad, nunca fuimos partidarios de esta propaganda. Creemos en la necesidad de establecer en el niño determinadas respuestas negativas como medida protectora para el organismo. No vemos ninguna otra posibilidad. Sin embargo, entendemos que es preciso distinguir entre respuestas condicionadas de miedo y meras respuestas negativas. Las respuestas negativas, condicionadas sobre los estímulos originarios (incondicionados) de miedo, evidentemente implican siempre amplios cambios viscerales — y es posible que en todos los casos perturben el metabolismo normal. Las respuestas condicionadas de ira, aunque no necesariamente negativas por su carácter (incluyen respuestas positivas en la lucha, en el ataque), tienen visiblemente el mismo efecto. Tenemos aquí presentes los hechos simples descubiertos por CANNON: que la conducta de miedo y de ira a menudo interfieren totalmente la digestión o la asimilación — la comida queda en el estómago donde fermenta y se convierte en un terreno propicio para las bacterias, creando productos tóxicos. De donde se deduce que tiene algo de cierto el concepto de que las conductas de miedo e ira son por lo general nocivas para el organismo (y, sin embargo, nuestra especie no hubiera podido sobrevivir de no haber reaccionado negativamente ante los sonidos fuertes y la falta de apoyo; y de no haber luchado cuando se obstaculizaba sus movimientos). Por el contrario, parece que la conducta del amor suele activar el metabolismo. Es evidente que la digestión y la asimilación se venían con mayor rapidez. Preguntas formuladas a maridos y esposas revelan que después del acto sexual se producen contracciones de hambre en el estómago, sintiéndose con frecuencia deseos de comer.

Pero volvamos a las reacciones negativas. En nuestra opinión al menos, donde, por el empleo de débiles estímulos nocivos, esas respuestas se organizan en conducta manual (condicionada) — tal como el retiro de las manos, piernas, cuerpo — las visceras intervienen escasamente. A fin de aclarar, citaremos un caso: es dable establecer de dos maneras una conducta negativa frente a serpientes. Simultáneamente a la exhibición de la serpiente producimos un ruido terrible haciendo que el niño caiga y grite aterrorizado: pronto la mera visión del reptil ejercerá este mismo efecto. O bien: exhibimos la serpiente varias veces, y cuando el niño quiera alcanzarla, golpeamos sus dedos con un lápiz y establecemos gradualmente la reacción negativa sin mediación de shock. No hemos ensayado con serpientes, pero sí con una vela. Puede condicionarse al niño por una quemadura grave con una sola estimulación, mas ello siempre involucra una reacción severa. Presentando reiteradamente la llama de la vela, y dejando en cada oportunidad que caliente justo lo suficiente como para provocar el retiro de la mano, es factible establecer una respuesta negativa condicionada sin las graves características del shock. Empero, la fijación de respuestas negativas prescindiendo del shock, requiere tiempo.

La civilización actual está construida sobre la base del "no" y de diversos tipos de tabúes. Los individuos que viven adaptados a ella deben aprender a observarlos. Puesto que han de establecerse reacciones negativas, debería procederse de la manera más sana posible y evitando reacciones emocionales fuertes. Los niños y adolescentes no deben retozar en las calles, correr delante de los autos, jugar con perros y gatos desconocidos, aproximarse y quedarse entre las patas de los caballos, apuntar a la gente con armas de fuego, correr el riesgo de contraer enfermedades venéreas o tener hijos ilegítimos; y podría mencionarse otros miles de cosas que no deben hacer. Con ello no afirmamos que todas las reacciones negativas requeridas por la sociedad sean éticamente correctas (y al decir "éticamente", nos referimos a la ética experimental que existirá algún día). Ignoramos si muchos de los tabúes que hoy observamos son, en último análisis, "buenos" para el organismo. Sólo decimos que la sociedad existe — es un hecho — y que si vivimos en ella debemos comportarnos según lo que exigen las costumbres sociales, o se nos castigará en las manos. Evidentemente hay en el mundo un número siempre creciente de gente con manos insensibles, que hace muchas cosas prohibidas y sufre el correspondiente castigo social. Ello, claro está, indica que la experimentación en la sociedad por el ensayo y el error ha llegado a ser posible: el fumar en las mujeres, tolerado ahora en restaurantes y hoteles, e inclusive en muchos hogares, constituye un claro ejem-

plo de ello. En tanto la sociedad regule cada acto a través de sus agentes (organismos políticos, iglesia, familia), no es posible ningún aprendizaje, ningún ensayo de nuevas respuestas sociales. En el transcurso de los últimos lustros hemos presenciado: notables cambios en la situación social de la mujer; marcado debilitamiento de los vínculos matrimoniales; sensible disminución en la escrupulosidad de la fiscalización de los partidos políticos (a saber: el derrocamiento de prácticamente todas las monarquías); una acentuada declinación del dominio de la Iglesia sobre las personas verdaderamente educadas; relajamiento de los tabúes sexuales. Por supuesto, el peligro reside ahora en el debilitamiento demasiado acelerado del control, el gran número de superficiales ensayos de formas inéditas de conductas y en la aceptación de nuevos métodos sin ensayo suficiente.

EMPLEO DE CASTIGOS CORPORALES EN EL ESTABLECIMIENTO DE RESPUESTAS NEGATIVAS

El castigo corporal en la educación del niño, en el hogar y en la escuela, es motivo de periódica discusión. Creemos que nuestros experimentos resuelven el problema casi por completo. Castigo es una palabra que jamás debió haberse infiltrado en nuestro lenguaje.

El azotar es una costumbre tan antigua como la raza. Incluso nuestros conceptos modernos acerca del castigo de los criminales y niños se basan en viejas prácticas masoquistas de la iglesia. El castigo, en el sentido bíblico de "ojo por ojo" y "diente por diente", penetra toda nuestra vida social y religiosa.

El castigo de los niños no constituye por cierto un método científico. Como padres, maestros y juristas, únicamente debería interesarnos favorecer el establecimiento social de pautas de comportamiento que encuadren dentro de la conducta social. Se habrá advertido ya que el conductista es un determinista estricto: el niño o el adulto no pueden hacer sino lo que hacen. Sólo podemos conseguir que se comporten diferentemente, desentrenándolos primero y reentrenándolos luego. Si niños y adultos realizan cosas en discordancia con las normas de la conducta establecida en el hogar o por el grupo, es porque ni uno ni otro han entrenado suficientemente al individuo en su periodo de formación. Puesto que este último es coextensivo con la vida, el entrenamiento social debe continuar en todo su decurso. Por consiguiente, es culpa nuestra que los individuos (excluyendo los defectuosos y psicopáticos) anden "mal", que se desvien de las normas establecidas de conducta — y al decir "culpa nuestra" nos referimos al padre, al maestro y a todo

otro miembro del grupo. Hemos descuidado y estamos desperdiciando nuestras oportunidades.

Pero volvamos a la cuestión del azotamiento. Semejantes actos no tienen justificación alguna:

Primero: porque con harta frecuencia el acto punible ocurre varias horas antes de que el padre o la madre regresen a la casa y administren el castigo. Las respuestas condicionadas no pueden establecerse de manera tan anticientífica. Es ridícula la idea de poder evitar la futura mala conducta del niño propinándole por la noche una tunda a causa de algo que cometió en la mañana. Desde el punto de vista de la prevención del crimen, son igualmente ridículos nuestros métodos penales, que permiten la aplicación del castigo —cuando llega realmente a aplicarse— uno o dos años más tarde de perpetrarse el delito.

Segundo: los azotes no se emplearían tan a menudo si no sirviesen al padre o al maestro de desahogo emocional (sádico).

Tercero: si el castigo se impone inmediatamente después de la falta (única oportunidad adecuada — si es que existe alguna), no está ni podrá regularse de acuerdo con proporción científica alguna. O es demasiado leve y por tanto no constituye un estímulo lo bastante fuerte para establecer una respuesta negativa condicionada; o es demasiado severo, perturbando así, innecesariamente, todo el sistema visceral de la criatura; o la falta y su castigo correspondiente no ocurren con bastante frecuencia, y, por ende, no se dan las condiciones científicas requeridas para el establecimiento de la respuesta negativa; o, finalmente, el castigo se repite con tanta asiduidad que pierde todo su efecto: interviene la habituación, que puede conducir al estado psicopatológico denominado masoquismo, en el cual el individuo responde (sexualmente) en forma positiva a estímulos dolorosos.

¿Cómo estableceremos, pues, las respuestas negativas que —según dijimos—, es preciso establecer? Creemos con toda firmeza en la utilidad de administrar una palmadita sobre los dedos de los niños cuando los llevan a la boca, cuando toquetean constantemente sus genitales, cuando toman y tiran platos u otros objetos, o abren las llaves del gas o las canillas de agua, etc.: ello, siempre que se sorprenda al niño al realizar tales actos y el padre pueda administrar la palmada en forma inmediata y absolutamente objetiva — con la misma objetividad con que el conductista provoca un débil choque eléctrico a fin de establecer una respuesta negativa o de retiro ante cualquier objeto dado. Con los niños mayorcitos, la sociedad, el grupo y los parientes inmediatos, emplea el "no" verbal en lugar de las palmadas. Desde luego, siempre será necesario emplear el "no", pero confiamos en que algún día nos será factible reorganizar el

ambiente de tal manera que cada vez será menor el número de reacciones negativas que sea preciso establecer tanto en el niño cuanto en el adulto.

Un aspecto desfavorable en todo el sistema de establecimiento de respuestas negativas es que el progenitor resulta involucrado en la situación, pasa a formar parte del sistema punitivo. El niño llega a "odiar" a la persona que más a menudo lo castiga — por lo común, el padre. Esperamos que algún día podremos ensayar la experiencia de utilizar una mesa electrificada de tal modo que si el niño intentase derribar un vaso o un jarrón frágil resultaría castigado; mientras que si quisiera alcanzar sus juguetes u otras cosas con las cuales le es permisible jugar, podría hacerlo sin sufrir ningún choque eléctrico. En otras palabras, desearíamos disponer los objetos y las situaciones de la vida de suerte que ellos mismos establecieran las reacciones negativas correspondientes.

LOS ACTUALES MÉTODOS DE CASTIGO DEL CRIMEN SON SUPERVIVENCIAS DE ÉPOCAS OSCURAS

Lo dicho acerca del castigo en la crianza de los niños es igualmente válido con respecto al adulto en el campo criminal. Puesto que, en nuestro criterio, sólo el enfermo o el psicópata (insano) o individuos no entrenados (socialmente) cometen crímenes, la sociedad tendría que interesarse precisamente en dos cosas: 1) procurar la curación, si es posible, del insano o psicópata; de lo contrario, internarlos en instituciones bien dirigidas, donde no sufran perjuicio alguno ni puedan a su vez dañar a los demás miembros del grupo.* En otros términos, el destino de dichos individuos debería estar en manos de los psiquiatras. Por cierto, la cuestión de si habría que eliminar sin sufrimientos al insano falto de esperanza de cura, ha sido planteado reiteradas veces. No hay razones en contra, exceptuando el sentimentalismo exagerado y los preceptos religiosos medievales. 2) Procurar que los individuos sin entrenamiento social, no insanos o psicopáticos, sean colocados en lugares donde pueda entrenárselos, enviarlos a la escuela, obligarlos a aprender — sea cual fuere su edad — un oficio, compelerlos a cultivarse, a socializarse. Además, durante este período debería ubicárselos donde no pudieran dañar. Esta educación y entrenamiento podrían llevar de diez a quince años, o aún más. Si se fracasara en tales esfuerzos

* Recientemente escuchamos a CLARENCE DARROW expresar otra idea acerca del crimen. Sostiene que al criminal, criado en el ambiente donde lo es, no le es posible aprender otra profesión o negocio que el robo o el asesinato.

EL CONDUCTISMO

en prepararlos para reincorporarse a la sociedad, habría que mantenerlos para siempre, obligándolos a ganarse el pan cotidiano en grandes instituciones industriales y agrícolas de las cuales fuese imposible fugar. Naturalmente, ningún ser humano —criminal o no— podría verse privado del aire, sol, alimento, ejercicio y demás factores fisiológicos imprescindibles para las mejores condiciones de vida. Por otra parte, doce horas diarias de trabajo intenso no podrían darse a nadie. Los individuos así separados para un entrenamiento criminal, tendrían que ser puestos, claro está, en manos del conductista.

Desde luego, esta opinión suprime por completo la ley criminal (pero no la de policía). Suprime, claro, al abogado criminalista, la jurisprudencia legal (criminal) y las cortes del crimen. Muchos juristas de nota están fundamentalmente de acuerdo con ello. Pero sólo cuando algún tremendo cataclismo termine con todos los libros de derecho, o el buen día en que todos los abogados y juristas resuelvan hacerse conductistas, sólo entonces, acaso, veamos a la actual teoría de la represalia o teoría del castigo (teoría religiosa) para tratar al desviado, ceder su lugar a una teoría científica basada en nuestros conocimientos acerca del establecimiento y eliminación de las respuestas emocionales condicionadas.

FORMAS MÁS IMPORTANTES DE ESTABLECERSE LA CONDUCTA EMOCIONAL

Además de las diversas formas de conducta emocional, aprendidas y no aprendidas, expuestas en este capítulo y en el anterior, hay otros dos tipos que interesan sobremedida al conductista: los celos y la vergüenza. Hasta ahora el conductista ha tenido muy pocas ocasiones de estudiarlos. Creemos que tanto los celos como la vergüenza se establecen gradualmente.

Otras formas de conducta emocional, popularmente conocidas como pena, dolor, resentimiento, rabia, respeto, pavor, justicia, clemencia, parecen harto sencillas al conductista, quien cree que éstas no son sino vastas superestructuras, establecidas sobre los muy simples tipos de conducta no aprendida de los cuales ya se ha hablado detalladamente.

Sin embargo, los celos y la vergüenza merecen un atento estudio complementario. Hasta hoy no hemos tenido oportunidad de observar la primera aparición de la vergüenza y su desarrollo evolutivo. Nos inclinamos a creer que la vergüenza se relaciona de alguna manera con la primera masturbación deliberada. La manipulación de los órganos sexuales constituye un estímulo: las respuestas finales son, entre muchas otras, un aumento de la presión sanguínea,

la dilatación superficial de los vasos capilares de la piel conocida como rubor. Casi desde la infancia se le enseña al niño a no masturbarse y se le castiga cuando lo hace. Por consiguiente, cualquier situación, verbal o no, vinculada con el contacto de los órganos sexuales o relativa a ellos, es susceptible de condicionar el rubor y el bajar la cabeza que casi siempre tiene lugar en la masturbación. Esto, empero, es pura especulación.

Recientemente he realizado algunas observaciones y experimentos sobre los celos.

Celos: Pregúntese a diferentes grupos de individuos que entienden por celos: qué estímulo los suscita, cuál es la pauta de la respuesta, y sólo se obtendrán las más vagas e inútiles de las contestaciones. Interrogúeseles también acerca de cuál es el estímulo no aprendido (incondicionado) que provoca la respuesta, y cuál es la pauta de respuesta no aprendida (incondicionada). En ambas cuestiones se obtendrán contestaciones no científicas. La mayoría de los individuos expresará: "¡Oh, los celos son puro instinto!" Si representamos el diagrama de esta manera:

E R
? ?

haremos de poner un signo de interrogación tanto bajo el estímulo como bajo la respuesta.

Empero, los celos constituyen uno de los más poderosos factores en la organización de los individuos de nuestro tiempo. En los tribunales es reconocido como uno de los más fuertes "motivos" que impelen a la acción. A causa de ellos se cometen robos y asesinatos, se hacen o se destruyen profesiones; las disputas matrimoniales, separaciones y divorcios, con toda probabilidad se originan más frecuentemente en ellos que en otra causa cualquiera. Su casi universal penetración en la corriente de actividad de todos los individuos ha llevado a la opinión de que se trata de un instinto innato. Y, sin embargo, al empezar a observar a la gente e intentar determinar qué tipo de situaciones provocan celos y cuáles son los detalles de esta conducta, comprobamos que aquéllas son harto complejas (sociales) y que éstas se hallan altamente organizadas (aprendidas). Esto debería bastarnos para hacernos dudar de su origen hereditario. Observemos ahora por un momento a nuestros prójimos y veamos si su conducta esclarece las situaciones y las respuestas.

SITUACIONES QUE PROVOCAN LA CONDUCTA DE CELOS

En primer lugar, como hemos manifestado, la situación es invariablemente social; involucra gente: ¿qué gente? Siempre la persona que suscita nuestras respuestas condicionadas de amor. Ésta puede ser la madre, el padre, el hermano, hermana o novio, esposa o marido — también debe admitirse en este grupo el objeto de la unión homosexual. En punto a la violencia de la respuesta, sólo la situación novio-novia sobrepasa a la de marido-mujer. Un ligero examen nos ayudará algo en la comprensión de los celos. La situación es siempre sustituta, o sea, condicionada. Involucra a la persona que despierta las respuestas condicionadas de amor. Si es acertada, ya esta generalización las excluye de las normas hereditarias de conducta.

¿CUALES SON LAS RESPUESTAS?

En los adultos las respuestas son innumerables. Hemos tenido en cuenta gran cantidad de casos, tanto de niños como de adultos. Para variar nuestro procedimiento, empecemos en primer término

Caso A. A es muy celoso; casado desde hace dos años con una hermosa joven, poco menor que él. Frecuenta la sociedad. Manifiesta conducta de celos si su mujer: I) baila apretada contra el compañero; II) si deja pasar una pieza a fin de conversar con un hombre y lo hace en voz baja; III) si en un momento de alegría, a plena luz y delante de todo el mundo, besa a otro hombre; IV) si sale, aunque sea con mujeres, a almorzar o de compras; (V) si invita al grupo de sus amigos a una fiesta en la casa. Tales estímulos provocan las siguientes respuestas: I) rehusa hablar o bailar con la esposa; II) tensión aumentada de todos los músculos, la boca fuertemente cerrada, los ojos parecen empujarse, las mandíbulas "se endurecen". Pronto se aleja de las demás personas que hay en la sala. Su rostro primero enrojece y luego se amorata. Esta conducta puede persistir y generalmente persiste varios días después del hecho. No habla con nadie del asunto. Toda mediación es imposible. El estado de celos parece que debe disiparse o desahogarse solo. Nada puede hacer su esposa a fin de apresurar su recuperación, por más amor o inocencia que le manifieste, ni por ninguna suerte de disculpas o sometimiento. No obstante, su esposa le es fiel, y, como él mismo lo admite verbalmente cuando no se halla presa de sus celos, no le ha sido infiel

en lo más mínimo. Es obvio que en una persona menos educada la conducta podría tener manifestaciones más explícitas: castigar a la mujer, o de existir realmente un macho agresor, inclusive agredir o matar.

Veamos ahora esta conducta en el niño. En el niño B advirtiéndose la primera señal de celos aproximadamente a los 2 años de edad. Se acusaba cada vez que su madre abrazaba al padre, se colgaba de él o lo besaba. A los 2 ½ años, este niño, que nunca había sido tratado como víctima propiciatoria, empezó a atacar al padre cuando la madre lo abrazaba: le tironeaba del traje (I), gritaba "mi mamá" (II), lo empujaba para alejarlo y se apretaba entre ellos (III). Si los besos seguían, el estado de reacción del niño se tornaba sobremanera marcado e intenso. Todas las mañanas —en especial los domingos—, cuando entraba en el dormitorio estando aún los padres acostados era alzado, bien recibido y festejado por ambos. Y, sin embargo, a los 2 años y 9 meses, solía decir a su padre: "¿vas a la oficina, papá?"; hasta impartirle la orden directamente: "vete a la oficina, papá". A los 3 años, bajo el cuidado de una "nurse" se le envió con su hermanito menor a casa de la abuela. Vivió separado de la madre por espacio de un mes. En ese lapso, su intenso apego a la madre se debilitó. Cuando los padres lo visitaron (tenía entonces 37 meses), al hacerse ellos el amor en su presencia no se observaron síntomas de celos. Cuando los padres se tenían abrazados durante largo rato con el propósito de ver si finalmente aparecía la conducta de los celos, corría hacia ellos y besaba primero a uno y luego a otro. Esta prueba fue repetida cuatro días, siempre con idéntico resultado.

Comprobado que la antigua situación no provocaba ya manifestaciones de celos, el padre entonces atacó a la madre, pegándole en el cuerpo y la cabeza y sacudiéndola. Ella, por su parte, simulaba llorar, pero reaccionaba luchando. El niño soportó la escena durante unos pocos minutos; luego atacó al padre con todos sus recursos y no quiso dejarlo hasta que la lucha hubo terminado. Lloró, dió puntapiés, tiró de la pierna del padre y le pegó con la mano.

En la oportunidad siguiente, el padre se mantuvo pasivo, mientras la madre lo atacaba. Inadvertidamente, ella le pegó bajo la cintura, obligándolo a doblarse en forma no fingida. No obstante, el niño empezó a atacarlo de nuevo y continuó haciéndolo pese a que se hallaba *hors de combat*. En esta ocasión la criatura quedó realmente trastornada y hubo que suspender el experimento. Sin embargo, al día siguiente, no exhibió signo alguno de celos cuando los padres se abrazaron.

¿A QUÉ EDAD SUELEN MANIFESTARSE LOS CELOS RESPECTO DE UNO U OTRO DE LOS PADRES?

A fin de examinar mejor la génesis de este tipo de conducta de celos, se hizo un test con un niño de 11 meses. Este infante, bien alimentado y carente en absoluto de miedos condicionados, se hallaba, no obstante, sumamente apegado a la madre, pero de ningún modo al padre, quien a menudo le golpeaba la mano cuando intentaba succionarse el pulgar o de alguna otra manera interrumpía su tranquilidad ensayando varios tipos de experimentos. A los 11 meses, sabía gatear rápidamente considerables distancias.

Cuando el padre y la madre estaban fuertemente abrazados, no se podía conseguir que el niño mantuviese la vista fija en ellos. El amor que se hacían no representaba nada en su tierna vida. El mismo resultado se obtuvo una y otra vez. No se manifestó ninguna tendencia a gatear hacia ellos, y menos aún a interponérseles. No existían celos.

Luego, ambos progenitores se atacaron recíprocamente. El piso estaba cubierto con una alfombra y el ruido de los golpes y los débiles sollozos de la madre (o del padre) no era muy alto. La lucha detuvo inmediatamente el gateo del niño alrededor de la habitación, y provocó la fijación de la mirada — siempre en la madre, nunca en el padre. Como la lucha continuaba, sollozó y gritó varias veces, pero en ningún momento intentó intervenir en favor de una de las partes. Los ruidos, sacudidas del piso, y la vista de las caras de los padres, que para él representaban el mismo estímulo visual que cuando se lo castigaba y lo hacían llorar, fueron estímulos complejos suficientes para provocar su mencionado cambio de conducta. Ésta fue del tipo de miedo parcialmente condicionado en forma visual. Es evidente que en este infante no había conducta de celos, ni cuando los padres se hacían el amor ni cuando uno de ellos atacaba al otro.

¿SURGEN LOS CELOS SÚBITAMENTE CUANDO UN HIJO ÚNICO ENFRENTA A UN HERMANO MENOR?

Muchos freudianos insisten en que la iniciación de la conducta de los celos en la vida del niño se retrotrae a la aparición de un hermano o hermana. Sostienen que su franca iniciación inclusive ya puede darse cuando el niño tiene un año o menos de edad. Sin embargo, por cuanto sabemos hasta ahora, ningún freudiano intentó nunca someter sus teorías a la experimentación práctica de los tests.

Durante nuestras observaciones personales acerca del origen de los celos, tuvimos una sola oportunidad propicia para la observación de la conducta de un niño al recibir a su hermano recién nacido. *B*, de cuyo comportamiento celoso contra el padre hemos hablado, tenía 2 años y 3 meses cuando ocurrió el hecho. Había desarrollado intenso afecto hacia la madre y hacia su "nurse". No tenía reacciones organizadas hacia ningún niño de menos de un año de edad. La madre permaneció dos semanas en el hospital, durante las cuales *B* fué cuidado por su "nurse". El día en que su madre regresó, la "nurse" entretuvo a *B* jugando en su pieza hasta que se hicieran los preparativos para el test, el cual se realizó a mediodía en una sala bien iluminada. La madre estaba sentada amamantando al bebé, con su pecho descubierto. *B* no había visto a su madre por espacio de dos semanas. Además de la madre con su pequeño, hallábanse presentes una "nurse" profesional, nueva para *B*, una abuela y el padre. A *B* se le permitió bajar solo por la escalera y entrar en la sala. Todos habían recibido la consigna de quedarse completamente tranquilos y de hacer que la situación resultase la más natural posible. *B* entró en la sala y se dirigió a la madre, se inclinó sobre su rodilla y preguntó: "¿cómo estás mamá?" No intentó besarla ni abrazarla. No advirtió su pecho ni tampoco al infante durante 30 segundos. Al ver a la criatura, dijo: "nene chiquito". Luego tomó las manos del pequeño y las acarició afectuosamente, le tocó la cabeza y la cara y empezó a decir "nene, nene", y lo besó sin que se le indicase. Fué muy amable y cariñoso en todas sus respuestas. La "nurse" profesional, que le era desconocida, alzó a su nuevo hermano. Contra este acto reaccionó verbalmente, exclamando: "¡mamá, agarra nene!". De esta manera, el bebé provocó una reacción como si fuera parte de la situación materna y el primer elemento de la respuesta de los celos se dirigió contra la persona que le quitó algo a su madre (obstaculizó los movimientos de la madre). Evidentemente, esto representa la reacción más típicamente contraria a la teoría freudiana que pueda imaginarse. Fué el primer signo de una respuesta de celos. Resultó positiva y no negativa respecto del hermano menor — a pesar que usurpaba su puesto en el regazo materno.

Luego la "nurse" llevó al nuevo bebé a su habitación y lo acostó. *B* ayudaba también. Cuando regresó, el padre le preguntó: "¿Quieres a Jaimito?" Y él contestó: "Quiero a Jaimito — Jaimito duerme". En ningún momento se percató del pecho desnudo de la madre, y en verdad le prestó muy poca atención a ella, excepto cuando la "nurse" trató de quitarle el niño. Durante toda la escena reaccionó positivamente hacia el bebé unos pocos minutos y luego se volvió a otras cosas.

Al día siguiente *B* tuvo que sacrificar su propio cuarto — donde estaban casi todos sus juguetes, libros, etc. —, pues se lo necesitaba para el hermanito. Se le dijo que Jaimito lo ocuparía por algún tiempo. *Esta situación no provocó sino la más vivaz respuesta positiva en el niño, quien ayudó a empujar y acarrear sus propios muebles a la otra habitación.* En ella durmió todas las noches hasta que la "nurse" profesional se marchó. No se notó en su conducta signo alguno de resentimiento o de celos para con el nuevo bebé.

Durante más de un año se observó constantemente el comportamiento de estas dos criaturas. Nunca pudo advertirse la menor señal de celos. A los 3 años de edad, *B* era exactamente tan cortés y considerado hacia el pequeño de un año como lo fué la primera vez que lo vió. Los celos ni siquiera asomaban cuando la "nurse", la madre o el padre levantaban al niño y lo acariciaban. En cierta ocasión una nueva "nurse" estuvo a punto de conseguir despertárselos al intentar gobernarlo con estas palabras: "Tú eres un niño malo. Jaimito es un niño bueno — lo quiero a él". Durante sólo pocos días amenazaron los celos, pues la despedida de la "nurse" salvó la situación.

Si bien durante estos tests no se notaba un afecto fraternal suficientemente pronunciado como para provocar un cambio en su vida cotidiana, cuando su hermanito se encontraba cerca, *B* lo defendía toda vez que la madre o el padre intentaba castigarlo golpeándole las manos. Cuando el menor lloraba, el mayor atacaba realmente a uno o ambos progenitores, diciendo: "Jaimito es un nene bueno, no lo hagan llorar".

¿PODEMOS LLEGAR A ALGUNA CONCLUSIÓN ACERCA DE LOS CELOS?

Hasta ahora nuestros experimentos acerca de los celos no son sino meros preliminares. Si cabe alguna generalización, tendría que ser ésta: los celos son una parte de la conducta cuyo estímulo es un estímulo de amor (condicionado) y cuya respuesta es la ira — pero una pauta de ira que con toda posibilidad involucra los componentes viscerales originales y además partes de muchas pautas de hábitos (luchar, boxear, patear, hablar). El siguiente esquema sintetiza nuestras observaciones:

(C) E	(I y C) R
Visión (o audición) del objeto querido al ser tocado u obstaculizado.	El cuerpo entero se pone rígido, las manos se cierran, la cara enrojece y luego se torna morada; respiración marcada, lucha, recriminación verbal, etc.

Naturalmente, esto se halla reducido a su más simple expresión esquemática, pues la respuesta puede asumir formas variadas y el estímulo consistir en factores más sutiles que los indicados aquí. Pero creemos estar en el buen sendero al procurar definir los celos en tales términos.

RESUMEN

Hemos estudiado diversas fases de la vida emocional del ser humano. La más importante afirmación del conductista es que la vida emocional del hombre se establece gradualmente por acción del ambiente; que hasta ahora el proceso de su construcción ha sido improvisado o equivocado. Las diferentes formas de conducta han ido desarrollándose sin examen por parte de la sociedad. Por lo menos hemos ofrecido algunas pruebas de que es posible establecer las reacciones emocionales de una manera planeada — cualquiera sea la especificación dada por la sociedad. En otras palabras, se ha penetrado parcialmente en el proceso del establecimiento de reacciones emocionales. Estamos empezando a comprender cómo eliminar tales emociones una vez establecidas. A todos nos interesa el desarrollo ulterior de los métodos por esta última vía. Son muy pocos los que no tienen algunos amores, iras o miedos infantiles de los cuales desearían desprenderse. Los métodos conductistas nos permitirán reemplazar, en el tratamiento del enfermo emocional, el dudoso y pasajero método anticientífico que ahora se conoce con el nombre de psicoanálisis por métodos científico-naturales.

Pero, permítasele al conductista introducir una palabra de advertencia acerca de sus propias opiniones: todas sus conclusiones se basan por ahora en hechos demasiado escasos y experimentos muy limitados. Ello se remediará en un futuro próximo. En el presente es cada vez mayor el número de estudiosos que trabajan sobre la conducta emocional empleando los métodos conductistas. Ninguna persona sensata podrá volver a emplear jamás el viejo método introspectivo mediante el cual JAMES y sus discípulos tan cerca estuvieron de destruir el más interesante capítulo de la psicología.

Pasemos ahora a estudiar el proceso de adquisición de nuestro gran sistema de hábitos corporales, actos de destreza, vocación, etc.